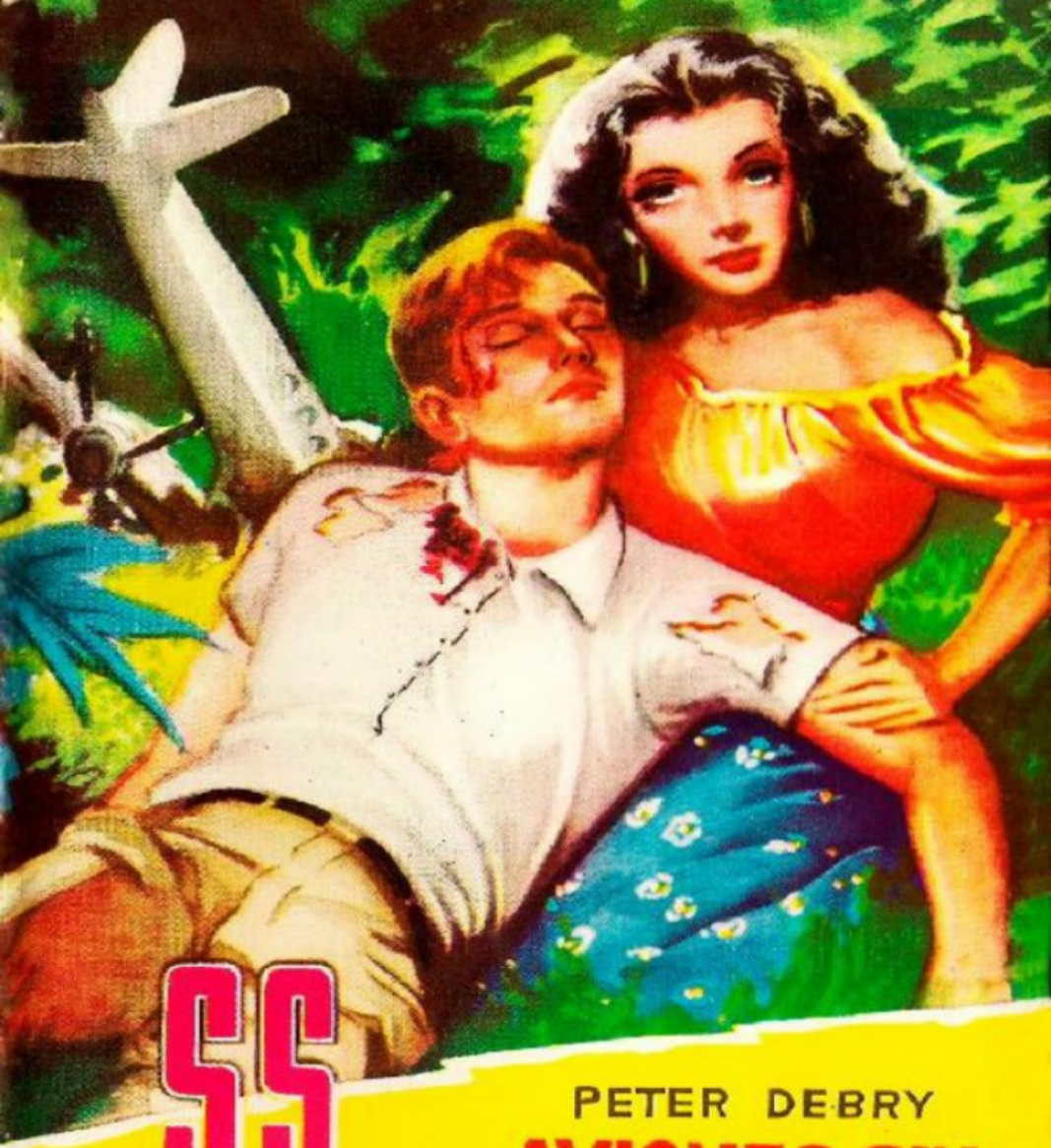




**SS**

**SERVICIO  
SECRETO**

PETER DEBRY  
**AVIONES SIN  
RUMBO**



PETER DEBRY

# AVIONES SIN RUMBO

1ª. EDICIÓN  
AGOSTO - 1951

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

**OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS  
EN ESTA COLECCION:**

1. — La brigada de los suicidas. 4. — Sirenas tropicales. 6. — Los cuatro ases. 8. — El castillo de los ahorcados. 10. — Peces de platino. 12. — Gangsters en Casablanca. 14. — Valses tétricos. 16. — Los buitres negros. 18. — En busca de una cabeza. 20. — La atómica en Hollywood. 24. — La bella del Bósforo. 26. — La isla corazón. 28. — Los diablos del Ártico. 32. — El pulpo humano. 36. — Piratería moderna. 38. — Un pistolero en el F. B. I. 40. — Dama «Dinamita». 44. — Doctor Borgia. 46. — Asesinatos en el Estadio. 52. — La muerte lenta. 54. — Platillos Volantes.

**PRINTED IN SPAIN**

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 – Barcelona

---

Reservados los derechos para la presente edición



## CAPITULO PRIMERO

La bala pasó silbando agudamente, como un moscardón irritado, por encima del hombro derecho de Casey Compton, quien, instintivamente, agachóse.

La segunda bala le perforó limpiamente el sombrero fieltro y fue a hincarse, con un ruido de taponazo, en el respaldo del diván.

La tercera latigueó en el vacío porque Casey Compton, abandonando, su agachada postura defensiva, acababa de saltar hacia un sillón, que volcó parapetándose tras el ancho mueble, cuyo cuero relleno de crin y corcho constituía un atrincheramiento eficaz.

Engarfió la diestra alrededor de su pistola ametralladora, encañonándola hacia el umbral de la habitación de donde habían partido los tres disparos.

En la otra sala, que era el vestíbulo de entrada al pequeño piso ático habitado por Casey Compton, el agente del F. B. I., Patrik Market — invisible porque se agazapaba tras otro sillón de idéntica textura al que encubría a Casey Compton — habló con sequedad, y en sus palabras alentaba una inexorable decisión:

—Ríndete, Casey. Te disparé porque me recibiste a tiros, cosa que ya tenía prevista. Pero no he tirado a matar. Si no arrojas hacia, aquí tu arma, mi próximo balazo se alojará en tu cerebro de asesino.

Casey Compton — enjuto y aparentemente flemático — era un individuo de rostro melancólico. Daba una repentina impresión de ser un sujeto triste, infinitamente triste.

Su voz no tenía casi vibración cuando habló lentamente, como cansado, sin variar de postura:

—Te creí amigo, Market. No obstante, tu vista esta noche ha sido de sabueso cazador de hombres. Reconozco que tienes práctica en esta clase de visitas. Supiste abrir la puerta con la misma rapidez con que elegiste el mejor de mis sillones para “dialogar” conmigo, y es un diálogo definitivo, Market.

Patrik Market, cautelosamente, rozó con la sien el suelo, para intentar desde aquella posición sorprender algún punto visible de la anatomía de Casey Compton.

Pero su ejercitado oído, así como sus bien entrenados reflejos, le hicieron retroceder el cuello con celeridad...

El balazo disparado por Casey Compton rebotó contra el suelo encerado, exactamente en el mismo lugar donde una fracción de segundo antes estaba la frente del agente federal.

—Lo siento, Market. Nunca hubiera supuesto que me fuese necesario matarte. Buenos tragos hemos bebido juntos, jugado muchas partidas de poker, en las que tú eras más afortunado. ¿Recuerdas, Market?

El diálogo de los dos hombres — cada uno de ellos parapetado tras un sillón, y hablándose desde una distancia de cinco metros a través del marco abierto que comunicaba las dos habitaciones — tenía carices de lúgubre juego.

Pero las dos pistolas eran las que realmente aguardaban la ocasión; las palabras eran sólo un especial sedante para los nervios, y también una trampa para confiar al acechante adversario, procurando aprovechar un fallo en la cautelosa espera.

—A quien me hubiese dicho que tú, Casey Compton, ibas a convertirte en un jefe de cuadrilla, hubiérale roto la mandíbula.

Y el federal rió amargamente al proseguir:

—Empecé a apreciarte, Casey Compton. Para los otros eras un taciturno solitario y reservado, casi un antipático arisco; para mí, un buen compañero de descansos. Y... ¡esta noche he encontrado la pista del que planeó el ataque del “North-Bank”!

—Fué una lástima. Eran varios millones limpios de polvo y paja, y fracasó por un entrometido cajero.

—¡Un valiente! Un honrado americano, al que los cerdos asesinos de tu calaña no le impusieron temor.

—Fué un suicida, un loco.

—Lo mataste, Casey. Murieron también bajo tus balazos y los de tus cómplices, dos agentes de policía que acudieron y un infeliz que estaba demasiado cerca de la trayectoria del plomo. ¿Para qué, Casey? ¿Para qué cuatro muertes así?

—Achaca la culpa a la Bolsa... Yo soy agente de Bolsa. Unas

especulaciones desafortunadas y...

—¡No!

—Bien sabes que es cierto. Perdí en la baja del trigo canadiense todos mis billetes y algunos de mis clientes.

—Esto lo sabía. Si he negado, era porque tu motivo, tu pretexto para asesinar a mansalva, atracando un Banco, es anormal. Un hombre corriente, arruinado, no piensa en atracar. Piensa en rehacerse, en trabajar, en volver a subir la pendiente y no meterse por el abismo. Si es un cobarde, se suicida; pero nunca mata a otros. Debí adivinar que eras un anormal, Casey Compton, un anormal con impulsos morbosos.

La voz del agente federal vibró ahora con cierto temblor:

—Ríndete, Compton.

—No quiero sentarme en la silla de los calambres.

—Atiende, Compton. Tengo un cargador de treinta y dos plomos, y otro de recambio. Menos tres plomos que te largué, echa la cuenta y sabrás el ruido que puedo producir. Te iré explicando lo que voy a hacer. Arrastraré el sillón hasta la puerta de salida del piso, esta puerta que se halla a mis espaldas...

Los turbios ojos de Compton miraron hacia la puerta citada. El federal siguió diciendo:

—La abriré y dispararé plomos hacia la caja del ascensor. No tardará en acudir gente. La alarma cundirá y no podrás escapar. Ríndete, Compton; será mejor para ambos.

—Ya conoces mi lema, Market, mi lema de hombre de negocios; no lo he abandonado. Cuando emprendo un asunto lo sigo hasta el fin, apechugando con todas las consecuencias. Tú has sido el único hombre que me inspiró algo parecido a amistad. Pese a ello, no he de vacilar en rellenarte de plomo.

Oíanse las dos, respiraciones, algo fatigosas. Eran dos hombres de fondo violento que sabían que uno de ellos iba a morir...

—Si te entregas, Compton, podrás beneficiarte de un examen psicoanalítico, y quizás te declaren demente.

—A otro perro con este hueso, Market. Esto del psicoanálisis queda bonito en las películas de moda, pero a mí no me atrapas tú. A mí no me coges para esposarme, y que después me metan en capilla. ¿Te das cuenta? Un jueves, el día de las ejecuciones, tendría que estar esperando varias horas...

—Puedes aun salvarte, Compton. Un médico alienista...

—Que dirá que tengo el seso menos loco que el suyo. Yo no voy a un juicio donde se apretujen para devorarme con su curiosidad malsana fotógrafos, periodistas y la bestia masa. No quiero oír al

pudibundo fiscal llorando en nombre de la sociedad, ni escuchar al defensor alegando que estoy loco, ¡porque no lo estoy, Market! Maté por accidente. Yo sólo quería un millón, y si abandoné mi bufete de bolsista fué porque la suerte me volvió la espalda.

Patrik Market iba realizando lo que había anunciado. Arrastraba el sillón hacia la puerta, alejándose del lugar donde hallábase Casey Compton.

Pero el mueble pesaba y era escasa la sujeción que podía ejercer empuñándolo con la izquierda, por debajo del asiento y en su parte posterior.

Patrik Market era hombre rudo, poco sensible. Pero había sido compañero, del que le estaba acechando, pistola en mano; había experimentado hacia Casey Compton un afecto, viril, por creerle un solitario con algún desengaño o alguna pena oculta.

Tenía tales deseos de terminar pronto con lo que estaba constituyendo para él un acto de servicio que le desgarraba el alma, que olvidó su habitual precaución.

Para arrastrar con más rapidez el sillón lo agarró por uno de los brazos.

¡“Plop”! ¡“Plop”!...

El silenciador ajustado a la boca de la pistola ametralladora de Casey Compton acababa de escupir dos llamaradas.

Alcanzado en la mano y en el antebrazo, Patrik Market dejó caer el brazo herido, crispado el rostro en mueca dolorida.

—Buena puntería, Compton —dijo, mordiéndose los labios.

Colocóse la pistola bajo el sobaco izquierdo, manteniéndola apretadamente, y su diestra fue arrastrando el sillón hacia la puerta.

El pomo que recorría el cerrojo no estaba protegido por el respaldo del sillón.

Casey Compton hacía avanzar el sillón, empujándolo apresuradamente.

Comprendieron ambos hombres que había llegado el momento en que iban a matarse, a acribillarse, porque uno no permitiría que el otro alcanzase el cerrojo y abriera la puerta.

Disparó Compton contra el brazo ya herido, qué Patrik Market sacrificaba heroicamente, a conciencia.

La puerta se abrió, y Casey Compton, que se disponía a saltar, quedóse con los músculos tensos, expectante.

Su rostro, infinitamente melancólico, esbozo una sonrisa tenue, amarga. Su habitual y rara sonrisa.

Patrik Market yacía boca abajo, sin sombrero, sangrante la nuca. En el umbral de la puerta recién abierta, un individuo atlético, de

facciones enérgicas, examinó rápidamente al caído, mientras con el tacón cerraba la puerta.

—Creo que he llegado a tiempo, ¿no, Casey?

Levantóse Casey Compton, sacudiéndose las rodilleras.

—¿Algo anormal abajo o en el ascensor? —preguntó.

—Todo como siempre —replicó Dude Lester—. Por lo visto el tipo ese ha venido solo. Y tu ático está bien situado. Buenas paredes hermosas. No hay alarma.

Casey Compton señaló con la barbilla al federal sin sentido, mientras encendía un cigarrillo.

—Respira. No lo mataste, Lester. Lo siento, pero tendré que interrogarlo. Me interesa averiguar cómo supo que el atraco del “North” lo planeé y dirigí yo.

Dude Lester atestiguaba por él corte de su traje que se vestía en el mejor sastre de Filadelfia. Para quien le viera, Dude Lester era el prototipo de hombre de acción; joven aún, de recia mandíbula y duros ojos.

—Puedo interrogarle yo, si quieres, Compton —ofrecióse.

—Mejor será. Tengo entendido que eres práctico en este oficio de interrogar a remolones.

Dude Lester ató las dos muñecas del agente del F. B. I. con su propio cinto. Fué al mueble licorero y extrajo un frasco de largo cuello y contenido verde menta.

—El coñac es un recurso de principiante. Da mejores resultados y efectos el “pippermint”.

Bestialmente, alzó, dándole vuelta al exterior, uno de los párpados del agente, que seguía privado de sentido. Vertió el verde líquido en la pupila, inundando alternativamente los dos ojos.

El violento escozor reanimó casi instantáneamente al herido.

Encontrábase en un estado de aturdimiento en que no podía dominar su cerebro, pero oyó, sin saber de donde procedía, una voz desconocida, que le preguntaba:

—Nadie —dijo, semiinconsciente, el agente del F. B. I.—. Nadie más que yo sabe... que Casey Compton...

Casey Compton inclinóse sobre el ciego agente, aplicóle la boca del silenciador en la sien. Luego, uno, dos, tres, cuatro... gestos consecutivos con el índice encorvado.

Dude Lester rió con evidente admiración.

—Cuatro balazos en la sien, silencio seguro. Ya podemos estar del todo tranquilos, Compton.

—¿Por qué?

—Nadie sabe que fuímos los del “North”. Tu amigo Market no

mentía. Hablaba sin darse cuenta. Y ya lo hemos oído. Seguía la pista solo, y nada había comunicado al F. B. I.

—Te olvidas de algo, Lester.

—No veo.

—Somos socios. Te elegí porque vales y eres de mi categoría. Ambos nos hundimos en la Bolsa y nos unimos para el atraco. Pero considero que debemos liquidar la sociedad.

Los duros ojos de Dude Lester miraron con cierta inquietud al que estaba hablando con lenta frialdad.

—Nosotros dos seguiremos asociados, pero... sobran los siete restantes. Tarde o temprano hablarían.

—Pero nos podrán ser útiles para preparar otro golpe.

Entre los pies de ambos, Patrik Market —verdes los ojos abiertos, roja la cara y el pecho— ofrecía un aspecto impresionante.

—Son bastos y de poco cerebro, Lester. Por culpa de ellos fracasó nuestro bien planeado atraco al “North”. Ha muerto Patrik Market, pero no basta.

—Liquidar a los siete no va a ser cosa tan fácil, Compton.

—Si. He pensado que nos podemos desembarazar de ellos mediante un procedimiento infalible que luego te explicaré. Ahora he de hacer desaparecer este “fiambre”.

Ambos lavaron cuidadosamente las manchas de sangre que había en el suelo, y repararon los desgarros del cuero de los dos sillones.

En la cocina estaba el montacargas que, desde la planta del sótano, servía para subir comidas, ropa limpia, bajar los servicios usados y la ropa sucia.

—A esta hora, abajo no habrá nadie, Lester. Vete y espera la carga. En el coche, te llevas a Market y lo echas al sumidero de la unión de cloacas que van al río. Si te ven salir del sótano con el fardo, les parecerá que llevas trajes planchados. Anda. Yo iré hasta la esquina de la catorce con la Lexington. Recógeme allí. Iremos a liquidar a los siete.

Poco después en el sumidero de unión de las cloacas, el cuerpo de Patrik Market era presa de los remolinos fangosos y malolientes.

Era la noche del doce de octubre de 1950.

## CAPÍTULO II

Norteamérica, la nación del ímpetu juvenil y el máximo progreso, conserva aún resabios del puritanismo aportado por los primeros pobladores ingleses al desembarcar del “Mayflower”, en Plymouth, el año 1620.

Grandes ciudades, como Filadelfia, conservan todavía en determinados círculos sociales un hondo espíritu de intolerancia, desconocida en las más elevadas y herméticas esferas aristocráticas de Europa.

Es decir, el gesto soberbio del que sería incapaz un príncipe de la sangre real en la “decadente” Europa, lo iba a realizar en aquella noche del 12 de octubre de 1950 una muchacha hermosa y engreída, cuya aristocracia tenía por blasones los millones paternos.

El “Independence Hall”, el primer teatro de Filadelfia, por antigüedad, y que oficiaba a modo de ópera, daba su función inaugural.

Un programa selecto, en el que el famoso Kubestki dirigiría personalmente la orquesta. En el teatro no había más de setecientas doce butacas de platea y treinta palcos.

No había taquillas ni paraíso. Eran funciones de abono, para que el cronista social pudiera relatar al día siguiente que “lo mejor” de la ciudad se había congregado para deleitarse oyendo a los grandes maestros musicales.

Y para aquella noche de solemne inauguración nadie hubiera supuesto que, en vez de un cronista social, hubiese sido mejor enviar un reportero experto en describir combates de boxeo y lucha libre.

Iba a ser “la noche negra”, la noche que todos los amantes de la música escuchada en grupo selecto recordarían como “la noche del escándalo de Dalila Kemper”.

Dalila era un nombre impuesto por capricho del magnate Kemper, el rey de la antracita, que presintió, al ver en la cuna a su primera y única hija, que no habría Sansón capaz de hurtar su cabellera ante los nacientes encantos de Dalila Kemper.

Aquella noche, en sus veintiún años, Dalila Kemper estaba en todo su esplendor. Alta, erguido busto, poseía una tez que ya repetidamente habíanla calificado comparativamente con los

pétalos de magnolia. ¿Una nariz que, según los escultores, era griega, y unos ojos raros, verdes, algo rasgados y ascendentes hacia las sienas. Unos ojos extraordinarios, cuya claridad felina resaltaba aún más en contraste con los negrísimos cabellos.

Acompañada de su sexto y sucesivo pretendiente oficial, Archibald Martyn, hijo del rey de la fibra artificial, Dalila Kemper estaba muy lejos de suponer el “escándalo” que avecinábase por culpa de una rubia llamativa y un desconocido.

La sala rutilaba, los anteojos recorrían joyas, vestidos y rostros, para poder después comentar que las joyas ya estaban vistas el año pasado, que los vestidos no acababan de ser perfectos que los rostros envejecían.

Todo era igual a tantas otras noches semejantes. Dalila Kemper no ignoraba que tras los abanicos indolentemente agitados, los chismorreos batían su pleno, y que, al mirar su palco, comentaría que era una criatura imposible, que había ya desesperado a cinco anteriores buenos muchachos, ricos y bien padecidos.

Kubestki salió, agitó su leonina cabellera blanca, miró con impavidez de genio a los espectadores, recogió los aplausos como un tributo obligatorio, volvió las espaldas y su batuta vibró.

Los primeros compases, sin saber por qué, le hicieron pensar a Dalila Kemper que todas sus compañeras le envidiaban el haber enamorado al guapo Archie Martyn.

Llegó el entreacto, y Dalila Kemper expuso que le gustaría llegarse al *foyer* porque tenía deseos de ver si habían cambiado la horrible decoración.

Pero cuando la pareja llegó al *foyer*, seguían brillando los innumerables espejos de marco dorado, los candelabros de cristal y el rojo vivo de los sillones y divanes.

Las poncheras eran las mismas, panzudas, y seguramente el ponche seguiría con sabor a rancio. Y fue en el instante en que Archibald Martyn tendíale la cazoleta plateada cuando entraron los dos personajes que iban a alterar el destino de Dalila Kemper...

Vió por vez primera al desconocido. Acompañaba a una mujer rubia, un poco ajamonada, vestida de color cereza.

El desconocido y Dalila se miraron, al quedar la rubia de espaldas a Archibald Martyn. El desconocido podría tener unos treinta años. No era un hombre guapo, al estilo académico. Poseía unos ojos oscuros, sombríos, una nariz aquilina, una boca ancha y firmemente modelada. Alto y esbelto, su rostro estaba tostado por el sol.

Y durante lo que le pareció a Dalila el instante más largo de su

vida, las dos miradas se ahondaron la una en la otra, como imantadas. Ella sonrojóse levemente y desvió sus verdes ojos.

Cerca de ella, saboreando su ponche, Archibald Martyn examinaba la sala, contento de vivir. Y ella vió de pronto adquirir una expresión de disgusto, de reprobación, de infinita sorpresa.

Creyó ella que tal vez el desconocido la estaba aún contemplando con aquella penetrante y ávida mirada, extraña, como si la valorase; casi desdeñándola, a la par que rindiéndole admiración.

—¿Qué te pasa, Archie? —preguntó, en voz baja.

Del mismo modo, él contentó:

—No mires a mis espaldas, Dal. Detrás mío, vestida de rabioso rojo, está la famosa Neny Prikles, la dueña del cabaret de su nombré. Una escandalosa...

El tono masculino traicionaba la indignación, al añadir:

—¡Qué desfachatez venir aquí, a exhibirse! ¿Cómo habrán dejado que entrase?

Neny Prikles no había ahorrado maquillajes. Sus hermosos ojos descarados estaban cargados de rímel y de ojeras azules, falsas. Su sonrisa era tan insolente como su escote.

Mezclada con la concurrencia, y junto a Dalila Kemper, semejaba un broche vulgar en medio de joyas refinadas.

Neny Prikles habíase vuelto, sosteniendo en la diestra su taza de ponche. Por alguna razón femenina, Neny Prikles sonreía al mirar a Dalila Kemper.

Y para ésta fué como un ultraje. Aquella mujer sonriéndole así podía dejar suponer que existiera entre ambas alguna amistad.

También influía el que fuera precisamente aquella mujer la que acompañase al desconocido que tan fuerte impresión había causado en ella.

Dalila Kemper supo condensar en su gesto, en su mirada al fijar sus verdes ojos en Neny Prikles, un inmenso desdén. Neny Prikles avanzó un paso más. Y, como si diera un traspiés, vertió sobre el blanco vestido de Dalila el contenido viscoso de la tacita.

—¡Oh, mil perdones! —dijo Neny Prikles, insolentemente.

Dalila Kemper no tuvo tiempo de darse cuenta de si lo que la sacó de sus casillas fue la burla del tono o la insolencia de Neny Prikles.

Apenas cayó el ponche sobre su vestido, alzó la mano y aplicó un fuerte bofetón sobre la mejilla cercana.

Por un segundo Neny Prikles se quedó como clavada de estupor. Después, con un clamor de rabia, abalanzóse sobre Dalila Kemper.

Archibald Martyn asió por un brazo a su prometida, mientras el desconocido atrajo por los hombros, conteniéndola, a Neny.

Él la miraba sonriente, como excusándose. Era la única persona de la sala que sonreía, pensó Dalila Kemper, temblorosa de indignación. Sentía que odiaba a aquel desconocido, que estaba murmurando:

—Vamos, vamos, Neny. Calma, calma.

Pero la gesticulante Prikles había hecho ya intervenir otros dos personajes. El gerente y uno de los Accionistas del teatro, que, ayudados por algún espectador que conocía a la famosa Neny, la estaban sacando de la sala.

Y Dalila Kemper, sonrojada la lechosa tez, mientras Archibald Martín estaba torpemente secándole el vestido, dijo con voz vibrante:

—¡Expulsen a este individuo!

Su índice señalaba al desconocido, quien miró primero a sus espaldas, y después, tocándose la pechera, replicó:

—Este individuo se llama Clifford Market, y está ansioso por averiguar el porqué de su indignación, señorita.

—¿No oyó? —dijo, agresivo, Martyn, enderezándose—. Váyase... Usted tiene la culpa, por traer aquí a mujeres impropias que...

—Vamos, vamos, calma, calma —dijo mordazmente Clifford Market, empleando voluntariamente el mismo tono que usó con la histérica Neny Prikles—. No hable mal de damas ausentes.

Archibald Martyn, campeón de tenis y natación, abalanzóse, siendo tardío el movimiento de varios para contenerle.

Asestó dos magníficos directos cruzados hacia el mentón y el estómago de Clifford Market, el cual, a su vez, atajó los dos golpes con sendos puñetazos de abajo, arriba, en ganchos rápidos sobre la cara interna de los antebrazos que pretendían golpearle.

—¡Señores, señores! —clamó el gerente, escandalizado.

—¡Expúlsenlo! —gritó Dalila Kemper, excitada.

El gerente y otro intentaron asir por los hombros a Clifford Market. Y como a la vez Archibald Martyn volvía a esgrimir los puños, en un instante hubo un confuso resollar de dos apaciguadores, cogidos entre los dos contendientes.

El gerente salió proyectado por el suelo, mientras el otro que intervino recibía el puñetazo que Martyn dedicaba al estómago de Market.

Acudieron otros, lívidos ante tamaña violación de las reglas distinguidas y tradicionales, que en aquellos momentos convertía el

*foyer* del teatro más selecto en algo parecido a una taberna.

Dalila Kemper sentía un impulso primitivo; deseaba ver tundido a golpes al llamado Clifford Market...

La gente acudía a los umbrales, comentando, preguntando. Cinco hombres forcejeaban. Archibald Martyn había logrado atenazar por el cuello a Market, el cual, a su vez, le propinaba cortos *uppercuts* en el estómago.

Febrilmente, Dalila Kemper buscó algo contundente con que golpear a Market. Los tres que pretendían separar a los dos contendientes eran zarandeados en su propio esfuerzo.

Por fin, sin saber cómo, medió aturdido, encontróse Archibald Martyn en otra sala, teniendo a su lado a Dalila Kemper, mientras Clifford Market, recobrando la serenidad, se dejaba acompañar hacia la salida, murmurando:

—Me hizo perder el control la orgullosa morena. Pretendía expulsarme como si fuera yo un negro esclavo del siglo pasado.

En guardarropía, Neny Prikles mostraba un semblante desconsolado. El llanto furioso había causado! estragos en su maquillaje.

—Te echan por mi culpa, Clif.

—No me echan, sino que te acompaño, Neny... Vamos.

—¡La maldita orgullosa! ¡Ya le...!

—Silencio, Neny —atajó él, secamente—. Ya está bien por hoy. Buenas noches, señores. No necesito que me señalen la salida. La conozco.

En la rotonda que daba acceso a la acera, bajando las escaleras, ella se cogió de su brazo.

—Perdóname, Clif, pero al verla a ella mirarme de arriba abajo, a mí, que no estaba haciendo daño a nadie, revolvióseme la sangre.

—Me habías prometido ser una chica estupenda, Neny; y con un poco más convertimos el teatro en un campo de batalla.

Llamó un taxi, dejándola a ella en el interior.

—¿No vienes, Clif?

—No. Ya nos veremos, Neny. Adiós.

Y se alejó caminando, seguido por la contrita mirada de Neny Prikles. El gerente del teatro montaba guardia en la entrada, por si regresaba la rubia que provocó el incidente.

Dalila Kemper reapareció en el palco, pero sabía ya que los comentarios serían a cual más malicioso. Pretenderían quizá que habíase peleado con una cualquiera por un hombre...

Archibald Martyn murmuró:

—Si quieres, nos vamos, Dal.

—¿Por qué hemos de irnos?

Y ella aguantó hasta el final, para en su casa despertar a su padre, que, soñoliento escuchó el relato de lo ocurrido. Ronald Kemper se acabó de despertar, calóse las gafas, y decretó:

—Horrible y de muy mal gusto, Dal. Abofetear a una despreciable corista te ofende más a ti que a ella. Y tú, Archie, ¿cómo, no impedirte que mi hija se pusiera en ridículo?

—Hice lo que pude, señor. Pero fue muy vivo el bofetón, y ya era tarde. Después, el tipo aquél se puso insolente.

—Vayamos por partes. No eras tú quién, Dal, para expulsar a nadie. Y tú menos aun para sentirte pendenciero. Te va a convenir una ausencia breve, Dal. Pasado mañana cojo el avión para Río Janeiro. Vendrás conmigo. Estaremos de regreso dentro de quince días. Sin rechistar. ¡He dicho a Río Janeiro! Reservaré dos plazas en la “Longway”.

## CAPÍTULO III

El camión procedente de Filadelfia rodaba a una buena marcha. En los costados figuraban las grandes pancartas de una conocida casa conservera, especializada en propagar un salmón que era en realidad atún bien seleccionado.

Un cabo de la lona se había desprendido y azotaba el guardabarros con un irritante restallido de látigo.

La llovizna repiqueteaba tenuemente encima de la gran lona que habitualmente cubría la carga de pescado cuando procedía del puerto, y de latas de conserva cuando hacía lo de la factoría.

Pero ahora encubría seis hombres sentados cómodamente, y que se caracterizaban por una ceñuda mudez.

Sentado junto al que conducía, un individuo de grasientos rasgos faciales desabrochóse dos botones del abrigo e hizo la misma operación con su americana.

Su diestraladeó ligeramente la culata de la “Webley-Smith” que colgaba de una funda axilar. Y cerciorado de que estaba ahora al alcance de su mano, examinó de reojo al que conducía.

—Ya está bien —dijo lacónicamente.

—Tú mismo indicaste que diéramos el rodeo.

—He dicho que ya está bien. No me tutees, ¿me oyes?

El conductor llevóse una mano a la visera de su gorra.

—Como usted ordene. ¿Dónde viro?

—Al cruce. Enfila la ruta de Jersey.

—Es la que lleva a mi factoría.

—No te he preguntado dónde lleva. Hablas tú mucho, y esto no me gusta, si es que quieres saberlo. Calla, y te irá mejor.

El conductor repitió maquinalmente su gesto de saludo. Era el gesto que empleaba cuando dirigíale la palabra algún “gordo”, como, por ejemplo, el capataz de la factoría conservera donde prestaba sus servicios de camionero.

Cuando imprimió al volante un giro, penetrando en la carretera que finalizaba generalmente para él en el sendero que llevaba a la factoría donde trabajaba, recordó mentalmente las recomendaciones de su esposa cuando salió por la mañana.

Recomendaciones que, aunque variando en la forma, contenían siempre un fondo idéntico.

“Me han dicho que hiciste una apuesta con Sam. No debes sacarle al cuentamillas más de sesenta, que es ya un buen *record*, Johnny. Aun es pronto, para que yo desee quedarme viuda...”

Y ahora Johnny prefirió no evocar los azules y bondadosos ojos de su esposa.

Volvió a pensar en lo que recientemente había ocurrido, y con las mandíbulas resaltando en su rostro vulgar, odió de todo corazón las películas que tanto le gustaban antes, aquellas películas donde los *gangsters* son elegantes sujetos generosos y dotados de buen humor.

Ahora comprendía que también Hollywood era una fábrica de conservas. Sólo que en las latas no colocaban atún, sino ilusión y mentira.

Porque los siete *gangsters* que, pistola en mano, habían rodeado su camión mientras él estaba reparando una cubierta que acababa de pincharse, nada tenían de semejante con los *gangsters* popularizados por el celuloide.

No le habían pegado, eso no. Tan sólo uno de ellos, el obeso y repugnante sujeto que ahora estaba sentado junto a él, se limitó a colocarle en el costado un duro cilindro de inequívoca identificación, también gracias a las películas.

—Sube al volante y da un rodeo por la carretera cuarenta.

—Yo debo...

Pero su inicio de temerosa protesta había quedado cortado por un revés que, en blanducho manotazo, le cerró la boca, sin herirle.

Al recuerdo, escupió Johnny por la ventanilla, asqueado. Hubiese preferido un puñetazo viril.

¿Para qué necesitarían aquellos maleantes “su” camión, del que estaba tan orgulloso?

La llovizna era abanicada en el parabrisas por la varilla de acero y goma. Johnny, sin poderlo remediar, pensó en el berreante chiquillo que, metido en su cuna, acogíale todas las noches con pataleos vigorosos, más expresivos que si supiera pronunciar la anhelada palabra por la que todos los hombres se sienten mejores.

De pronto creyó que la niebla invadía los contornos del sendero por el que había introducido atendiendo a la señal del que estaba a su lado.

Pero era la niebla mortal que invadía su cerebro, en cuya base una culata, con frío salvajismo, machacó vértebras en doble golpe alevoso y certero.

El agresor, el sujeto de rostro rechoncho, empujó con el codo al agonizante, y, asiendo el volante, apartóle de un puntapié el zapato

que mantenía rigidamente contra el acelerador.

Uno de los que estaban sentados en la parte de carga levantóse y, agachado a medias, abrió la portezuela junto al chofer.

—Cumplió con su obligación —dijo, a modo de rezo fúnebre.

Y, empujando al cadáver, lo hizo rebotar contra el mojado asfalto, mientras el camión continuaba su marcha.

—Era ya un estorbo —dijo el que conducía—. Y, el jefe, que planea bien las cosas, me dijo que me cargase al chofer apenas se divisasen los almacenes de la factoría.

Frenó minutos después, deteniendo el camión junto a una empalizada. Los que se sentaban atrás no se apearon, sino que sus cabezas formaron un racimo apiñado y cercano al que, sentado al volante, extrajo del bolsillo de su chaleco un mondadientes.

Habló con deleite:

—Esta noche en la caja de la factoría hay un fortunón. El jefe y Dude Lester nos aguardan, cada uno a un extremo de la empalizada. Hay cuatro polizontes rondando la caja y dos vigilantes nocturnos. Tú, Liorno, con Roscoe, Burns y Jackie, seguiréis por la empalizada hacia el Sur. Os encontraréis con Dude Lester.

Cuatro siluetas se apearon, desapareciendo por el adoquinado de la desierta calzada, escasamente iluminada de trecho en trecho.

El que llevaba la voz cantante les contempló hasta que desaparecieron en la niebla. Hurgóse unos instantes los amarillentos dientes. Después, mordiendo el astillado palillo, explicó:

—Vosotros dos vendréis conmigo, en sentido opuesto a los demás. Al otro extremo de la empalizada nos aguarda el jefe.

Dude Lester, alzadas las solapas de su gabardina para resguardarse de la humedad circundante, reía silenciosamente, porque pensaba en la macabra sorpresa que aguardaba a los cuatro pistoleros, que, confiadamente, avanzaban hacia el lugar donde él hallábase.

Reía complacido, porque experimentaba una extraña sensación placentera al sentir próximo el momento en que iba a matar.

Levantó lentamente el cañón del fusil ametrallador, murmurando:

—Imbéciles...

Referíase al blanco, que ofrecían sus cuatro ex cómplices, en esta ocasión víctimas, que avanzaban de frente, uno al lado del otro y no en fila india.

El tambor-silenciador incendióse en rojizos resplandores, mientras Dude Lester, brillantes los ojos, apretaba el gatillo e imprimía a su fusil ametrallador un semiarco horizontal.

Como peles que se parten por la cintura, los cuatro pistoleros dobláronse en saludo repentino.

Repitió Lester la ráfaga, pero en sentido contrario... Algunos de los nuevos balazos, en vez de incrustarse en estómagos y bustos, perforaron cráneos.

Los cuatro pistoleros, en posturas grotescas, quedaron retorcidos sobre el adoquinado. Dude Lester aproximóse y, obedeciendo las instrucciones de Casey Compton, aplicó el cañón de su arma por cuatro veces consecutivas en una sien distinta.

Luego, aureolado por la niebla, que se mezclaba al humo que ascendía del fusil ametrallador, fue alejándose.

De pronto, oyó el ronco crepitar silbante de la pistola, también ametralladora, de Casey Compton, que estaba liquidando el resto de la “asociación” del “North-Bank”.

Cuando Lester subió junto al volante del *roadster*, detenido en el cruce del sendero con la carretera a Filadelfia, Casey Compton estaba esperándole, y apenas cerró la portezuela, pisó el acelerador.

Dude Lester levantó la cubierta de la caja de herramientas, bajo sus pies, y colocó en el interior el fusil.

—Hecho —anunció—. Ni se dieron cuenta.

—Tampoco los otros tres —replicó Compton—. Mañana, al amanecer, encontrarán siete cadáveres en, la empalizada, un chofer muerto en el sendero y un camión abandonado. Otro crimen más que la policía declarará “en investigación contra autor o autores desconocidos”.

—Lástima que fuera mentira lo que contaste de la caja de la factoría llena de billetes... —comentó Dude Lester, pesaroso.

Casey Compton guardó silencio, hasta que, en la ciudad, detuvo el coche en el cruce de dos calles.

Apeóse Dude Lester.

—Hasta mañana, Compton. Ya estamos tranquilos. Somos dos socios solos y de toda confianza.

—Ven a las once. Hablaremos sobre nuevos proyectos.

El *roadster* partió... Minutos después, Casey Compton subía hacia el ático donde habitaba.

Al entrar en el aposento en el que tres horas antes había recibido la visita de Patrik Market, se quedó rígido.

Su diestra crispóse en el bolsillo de su abrigo *macfarlan*. Había alguien en el diván, alguien oculto.

Sus músculos se distendieron, y su rostro quedó de nuevo infinitamente triste y sombrío, sin brillo en los ojos.

La persona que estaba sentada en el diván era una mujer rubia y

bonita. Una mujer que amaba sin esperanzas al “agente de bolsa” Casey Compton, el hombre del rostro cínico y desilusionado; una mujer que desconocía por completo que Compton había sido el jefe de una banda de *gangsters* y el autor moral y material de recientes muertes.

—Hola, Casey —saludó ella, con aparente jovialidad.

—Hola, Gail. ¿Cómo has entrado?

—Hace un mes me diste una llave.

—La empleaste cuatro veces. Cuando me harté de ti, a la quinta vez en que me visitaste, te la pedí.

Ella no pareció ofenderse.

—Siempre tan huraño, Casey. Te devolví la llave, pero después, antes de salir, volví a cogerla sin que te dieras cuenta.

—No es un descubrimiento el darme cuenta que careces por completo de la más elemental dignidad.

—Una mujer que ama no tiene dignidad. Quizá por esto he venido, Casey. Necesito hablarte.

Casey Compton se estaba sirviendo un licor ambarino. Le volvía a ella la espalda, pero la miraba por el espejo.

Con el pulgar señaló la puerta, diciendo solamente:

—Vete.

—Lo que vengo a decirte te interesará, Casey.

—Lo que me interesa es que te largues, Gail.

—Sé que tus negocios han ido mal últimamente. Lo sé yo porque me preocupé por saber de ti, Casey.

—En eso no estamos a la par.

—Ahora tengo para ti una ocasión sin igual. Algo en que puedes ganar más de un millón.

Casey Compton bebió, depositó sobre la repisa la popa vacía, y, siempre mirándola por el espejo, repitió el gesto del pulgar:

—Vete, Gail. Tú y yo terminamos.

—Una de las cuatro veces primeras que aquí estuve, Casey, dijiste que si te encontrabas alguna vez desprovisto de dinero quizá no titubearías en arriesgarlo todo.

Casey Compton encendió un cigarrillo, fingiendo indiferencia, pero se volvió, acodándose en la repisa.

—Escucha, Gail. Tú eres una niña “bien” sin un centavo. No tienes más que nombre y figura. Tú...

—¿Has oído hablar de Ronald Kemper?

—Sí. Kemper, el de la antracita.

—Pasado mañana emprende viaje a Río Janeiro, yo le conozco muy bien. Podríamos tú y yo viajar en el avión que él tomará, y que

me he enterado es uno de la “Longway”.

—¿Para qué?

—Va a Río Janeiro a comprar unas minas. Si no lleva encima el dinero, que es muy posible, allí lo sacará de un Banco. Escucha, Casey, no te enfades conmigo. Comprendo que es inmoral, pero... un millón más o menos no será nada para Ronald Kemper; y tú y yo en Río Janeiro; tenemos la ocasión de empezar una nueva vida.

—No está mal.

Ella siguió exponiendo su plan. Lo que decía sonaba a oídos de Casey Compton como algo providencial, como una magnífica ofrenda que el azar le brindaba generoso a través de los rojos labios de una mujer que le amaba.

Cuando ella terminó de hablar, él estaba sentado a su lado. Inclínose y la besó.

—De acuerdo, Gail. Cuando quede hecho el negocio, me caso contigo. Pero vendrá con nosotros Dude Lester.

—¿Este engreído castigador que es un bruto?

—Es mi socio. Y ahora... ahora somos tres socios...

## CAPÍTULO IV

Clifford Market ocupaba a medias un pequeño departamento con su hermano Patrik. Pasaban a veces semanas enteras sin que se vieran. Teníanse un gran afecto, con respeto por parte de Clifford, que consideraba a Patrik, su hermano mayor en siete años, como un padre.

También el cargo que ocupaba Clifford Market debía a su hermano, uno de los primeros agentes del “Federal Bureau Investigation”, el cual, al formarse la nueva institución anexa al F. B. I., destinada a contraespionaje y exterior, convenció a Clifford de que se inscribiera en los primeros cursillos de capacitación en el C. I. A. (“Central Intelligence Agency”).

Por entonces, a sus veintitrés años, Clifford Market ganaba un buen sueldo, ya que, preparado en una escuela especial de comercio, además de taquimecanógrafo, dominaba el idioma español, el francés y el italiano, los tres idiomas aptos para, en cualquier rincón de toda América, en sus dos continentes e istmo, poder caracterizarse como uno más de los emigrantes.

En sus primeros pasos, recibió Clifford expertos consejos de su hermano y llegó a ocupar pronto una posición relevante en el C. I. A.

Muchas veces habían despertado a Clifford Market en plena madrugada. Tenía ya el hábito maquina y adquirido, apenas sonaba el teléfono de sobre la mesita de noche, de extender la diestra, aun soñoliento, y efectuar dos gestos. El primero era levantar de la horquilla el aparato, y el segundo, sentarse en la cama, sacudiendo la cabeza para despejarse por completo.

Aquella madrugada del 13 de octubre sonó el teléfono hacia las cinco...

Las cinco y siete minutos, exactamente, en el reloj-cronómetro que, junto al teléfono, presentaba su esfera luminosa. Un reloj apreciadísimo por Clifford. Regalo de Patrik Market...

Era, en una pieza, ingeniosa y cara perfección de un relojero suizo, despertador, calendógrafo, cronómetro, sumergible en el agua, y de cristal a prueba de martillazos.

Aplicóse Clifford Market el auricular, y escuchó. Era su costumbre esperar, en silencio.

—Tiene usted la absoluta certeza de que nos conocemos? —dijo la voz comunicante.

Era la contraseña, a la cual contrarreplicó el agente del C. I. A.

—Hace exactamente seis años y cuatro meses.

El sesenta y cuatro era el número del subinspector Clifford Market, que añadió, tras una Breve pausa:

—Cliff al habla.

—Lo siento, Cliff. Prepárese para una mala noticia. Acuda inmediatamente al despacho tercero.

Colgaron.

El despacho tercero no era del agrado de los Agentes del C. I. A. Lo capitaneaba Ernest Forester, uno de los fundadores del C. I. A., hombre duro, al parecer, carente de sentimientos, una verdadera máquina que había enviado a varios agentes, después de destituirlos, a la cárcel, por negligencia.

A las cinco y treinta y dos, Clifford Market entraba en el último despacho de los cuatro que formaban el designado “tercero”.

Ernest Forester, grueso, macizo, peludo de cejas, calvo, tenía unos ojos grises taladrantes como el acero. Señaló un asiento ante él.

—Buenos días, Clifford Market.

Por el ventanal entraba aún la nebrura nocturna. Pero el día empezaba para Forester a las cuatro y media de la madrugada. Decían que dormía comiendo...

Ernest Forester miró sobre su mesa varios folios mecanografiados. Extrajo de la boquilla la estilográfica colocada frente a él. Le gustaba hacerlo todo con parsimonia, aunque tuviera que comunicar una sentencia de cadena perpetua a un agente que vendiese secretos.

—Iremos por partes, Market. A las cero y cuatro minutos, en el salón de refrigerios del “Independence Hall”, el agente ochenta y uno presenció hechos que resumo. Iba usted acompañado de una dama... (de algún modo hay que llamarla), la cual provocó a una señorita de la buena sociedad, la cual tuvo que abofetearla. Expulsada la dama, usted enzarzose a puñetazos con un caballero...

Ojeó el informe, añadiendo:

—Archibald Martyn, prometido de la señorita Dalila Kemper. Tuvo que intervenir la gerencia. Un escándalo lamentable. Sírvase explicarse, Market.

—Ella, la dama que me acompañaba, era Neny Prikles.

—¿Y bien?

—Recordaré, señor, que gracias a Neny Prikles fue detenida la

banda de terroristas que frecuentaba su cabaret. Neny Prikles es, como si dijéramos, una colaboradora del C. I. A.

—¿Y bien?

—Pese a su fama de escandalosa, Neny Prikles es una buena chica. Si escandaliza, no es por inmoral, sino como reclamo para su negocio, muy honrado, ya que...

—No defiende usted la menor o mayor blancura de Neny Prikles, sino su actitud.

—Neny Prikles tenía un capricho hace ya años. Quería ver por dentro el “Independence” en función de gala. Tuve que prometérselo para hacerla colaborar con más celo en la detención de la banda de terroristas. Entre ella y yo no hay nada, señor. Una amistad, simplemente. Y dándose la casualidad de que un amigo mío, en viaje a Europa con su esposa me cedió las dos butacas, es la razón por la que invité a Neny Prikles.

—Explicada la presencia de ella, ¿puede tan satisfactoriamente alegar razones que le justifiquen el atacar a puñetazo limpio a un honorable ciudadano?

—La señorita Kemper, creyéndose en los años de los esclavos, me tomó por un negro, señor, al pretender que me expulsaran. Su novio, excitado, me asestó dos puñetazos bastante peligrosos, que tuve que parar. Así empezó la cosa, señor.

—Deplorable, Market, deplorable. Por suerte, usted pertenece a la plantilla secreta, y nadie sabe que fué un agente de mi organización el que esta noche profanó la aristocrática dignidad del teatro más selecto de Filadelfia peleando como un descargador ebrio. Espero no se repetirá tan lamentable exhibición, Market.

—No, señor. No se repetirá.

Ojeó ahora Forester el segundo folio. Juntó las yemas de sus dedos, y miró rectamente al joven.

—Para el hermano, una mala noticia; para el ciudadano, un informe que ha de enorgullecerle. El agente Patrik Market ha muerto en el cumplimiento del deber.

Clifford Market crispó los dos puños, y, mordiéndose los labios, resolló hondamente. Después, sintió un frío helor recorrerle la espalda. Miró en torno, como tratando de acogerse al consuelo de que estaba soñando, de que lo que oía era voz de pesadilla.

Ernest Forester juzgó que había dado tiempo suficiente al sentimiento. Prosiguió:

—El cadáver del agente Market apareció preso en la reja de un vertedero. Lo descubrió el pocero de vigilancia. El cadáver del agente Market presentaba varias heridas, que, detalladamente, son

como sigue: bala con orificio de entrada y salida en la mano, izquierda, otra de idéntico calibre alojada en el antebrazo del mismo costado, fractura de dos vértebras cervicales... Tres heridas que no le produjeron la muerte. Cuatro balazos a quemarropa en la sien derecha. Al ser extraído de las aguas aprisionado...

—¡Basta ya, Forester! —atajó secamente Clifford Market—. Lo mataron y me incumbe hallar a quiénes lo mataron. No siga con esta descripción horrible. ¡Era mi hermano!

Sinceramente extrañado, el jefe del tercer despacho miró con reproche al que encontraba impulsivo, si bien sagaz subinspector.

—Estoy informando, Market, de la muerte de un buen agente. Prosigo: en el laboratorio fueron hallados restos de un líquido corrosivo que había quemado las córneas de las dos órbitas oculares.

—¡Dios, cálese ya, Forester! ¿Es que su inhumana...?

Torció la boca Ernest Forester, apenado sinceramente apenado de que le tachasen de inhumano, cuando él estaba cumpliendo con su deber de informar detalladamente.

Clifford Market, que le miraba congestionado, a punto de golpear, medio incorporado, dejóse caer de nuevo en su sillón.

—Excúseme, señor. Son los nervios. Excúseme.

—Me Hago cargo, muchacho. Prosigo: analizado el líquido, pudo comprobarse ser alcohol metílico vulgarmente mezclado con la anilina colorante que se expende en el mercado con el nombre de “peppermint”. Deduciéndose que, antes de morir, Patrik Market fué torturado.

—¿Por... quién?

—De momento, carecemos en absoluto de pista. Han encaminado las pesquisas de dos inspectores del F. B. I. acerca de los dos casos que estaba trabajando. Uno referente a Jim Molders, y el otro a Tullo Grazzia. Pero los dos, así como sus amigos, tienen coartadas perfectas. Existe, no obstante, un caso de posible estudio, una pista.

Ojeo Forester el tercer folio.

—A las dos de la madrugada, aproximadamente, un camión pesquero, que iba a llevar sus productos de la factoría “Hammers”, encontró otro camión abandonado. El chofer estaba muerto, y en la empalizada había siete cadáveres. Maleantes. Vea los nombres.

Con la mano, Clifford Market denegó; pero tuvo que leer los siete nombres. Proseguía Forester:

—Tres de los cadáveres presentaban en la sien orificio a quemarropa, igual que los otros cuatro; pero los tres que cito tenían

una peculiaridad. Las balas extraídas eran idénticas a las cuatro alojadas en la sien derecha del agente Market. Mire esta fotocopia del laboratorio. Vea este trazo sinuoso. Corresponde al microscopio, a un rayado imperceptible. Un rayado del cañón de la pistola ametralladora empleada. Se deduce qué es el mismo hombre o mujer quien mató al agente Market y a los tres maleantes, salvo que prestara su pistola. Lo difícil estriba en que, por ahora, no se ven razones plausibles que relacionen estas muertes, unidas por el común denominador de que fueron ocasionadas por una pistola idéntica, defectuosa en su cañón estriado.

—Bien, señor; no dudo, pues, que me ha llamado usted para encomendarme me haga cargo de la pesquisa.

Ernest Forester tuvo un sobresalto de estupor. Dijo:

—Artículo quince del reglamento privado, subinspector Market.

—Su burocracia es odiosa, Forester. Para usted, Patrik Market es el cadáver de un agente para mí...

—Le ruego no sea injusto, muchacho. Me apena lo sucedido, como me duele cada muerte de uno de nuestros compañeros. Justo es que mi pena sea infinitesimal comparada con la suya, subinspector Market. Pero el artículo quince expone claramente que, para el mejor desenvolvimiento de una investigación, nunca deberá encomendarse a un familiar. El natural deseo de venganza conturba el cerebro. Hay que ser fríos, matemáticos, burocráticos, si usted quiere, por una razón sencilla. Descartando al familiar, que, llevado de su afán, puede comprometer a otros compañeros evitamos errores y otras vidas en peligro.

—Es comprensible, señor: pero no hay fuerza que me obligue a permanecer brazos cruzados. ¿Puedo ver a mi hermano?

—Supuse que manifestaría tal deseo, y obtuve un permiso especial para que Patrik Market fuese trasladado a nuestro departamento de autopsias. Le acompañaré, muchacho.

El ascensor descendió hasta los sótanos. Un médico ayudado por dos enfermeros empujaba el ambulatorio donde un agente se quejaba sordamente, recién operado de graves traumatismos.

—Le atropellaron en forma canallesca —dijo Forester—. Le acechaban en una esquina y...

—¿En qué sala, señor?

—Ésta.

Había tras las puertas de cristal varias mesas vacías. En una, bajo un blanco lienzo, se dibujaba un cuerpo humano.

Clifford Market alzó el lienzo, y sus rodillas cedieron. Quedó de bruces sobre el pecho desnudo de su hermano, sollozando.

Ernest Forester inclinó la cabeza y movió los labios. Rezaba, a su modo:

—Gracias te doy, Dios mío, por permitirme ser en la tierra un instrumento la humana ley; y, confiando en tu Justicia infalible, tengo fe en el castigo de la maldad. Acoge en tu reposo eterno a Patrik Market, un hombre de bien.

Abrió los ojos, miró su reloj, y tocó en el hombro a Clifford Market.

—Vamos, muchacho. Valor. Tu hermano Patrik será vengado. Y he de decirte que estamos orgullosos de él, porque fué un hombre justo, bueno y honrado.

Clifford Market, a través de sus empañados ojos, al erguirse, vió algo que le hizo comprender que Ernest Forester no era inhumano.

Cogía la diestra del muerto y la estrechaba, murmurando:

—Bravo, Patrik. Un ejemplo de vida heroica y abnegada para los jóvenes compañeros. Vamos, muchacho. Hemos de volver a mi despacho.

Y en el despacho volvió Forester a ser un “burócrata”.

Ojeó el cuarto folio.

—Una misión delicada, subinspector Market. Muy delicada. En su hoja de aprendizaje figura una nota en la que dice que se aficionó usted a estudios de capacitación para piloto aviador.

—Me gustaba, en efecto —dijo Clifford, afirmando la voz.

—Cuanto le comunicaré pertenece, naturalmente, al secreto; pero esta vez es grave. Es secreto de Estado.

—Hice mi juramento, señor. ¿No me sería posible investigar la muerte, del agente Patrik Market?

—Lo siento. Cada hombre en su obligación, subinspector. Usted es el indicado para el caso de los aviones sin rumbo.

—Como usted mande, señor.

—Haré un breve resumen de lo sucedido. Los profanos ignoran hasta qué punto nuestro departamento aéreo ha experimentado inventos. El motor de reacción es cada día objeto de nuevas mejoras. En la especialidad más codiciada, la del vuelo largo, se obtuvieron recientemente algunas mejoras. Salió el avión de prueba, para efectuar el recorrido Filadelfia, Miami, Panamá, Sao Paulo y regreso. Le he citado las ciudades, no como escala, sino como punto de referencia. Despegó del aeródromo militar de Filadelfia, y no se han tenido noticias de él. Eso fue hace dieciocho, días. No se ha encontrado el menor resto. Cinco días después, sobre el mismo recorrido, otro avión despegó. Y también se carece de noticias suyas, ni se han hallado restos. Fué visto por última vez,

desde un observatorio aéreo militar brasileño de la costa, al cruzar la línea del Ecuador, hacia la cuenca Central del Amazonas. A bordo, además de los dos pilotos, iba un agente compañero nuestro, el número cincuenta y tres.

Acercóse ahora Forester el quinto folio a los ojos. Leyó:

—“Dotados los dos aviones de rumbo ignorado con un nuevo motor de tipo totalmente distinto a los conocidos hasta hoy, y cuya utilización supone un arma efectiva en poder de potencias extranjeras. El motor de referencia es un termorreactor, y es mucho, más sencillo que los ya conocidos motores de reacción, puesto que el nuevo tipo no tiene ni una sola pieza móvil, por lo que en él no existe desgaste de ninguna clase. El termorreactor...”

Se interrumpió para reprochar, sin severidad:

—No se distraiga, subinspector. Guarde en su corazón el recuerdo de su hermano, pero su cerebro pertenece a la patria, prosigo.

Siguió leyendo:

—“El termorreactor no contiene más órganos que el inyector de combustible, una bujía de encendido continuo y una rejilla cortafuegos. La primera parte del tubo es divergente, de modo que el aire que entra por efecto de la marcha pierde velocidad al aumentar la sección; es decir, la energía cinética que lleva se transforma en presión y calor. En la segunda parte del tubo se le inyecta combustible, lográndose la combustión por medio de la bujía. La tercera parte es convergente, para obtener un efecto opuesto al de la primera, saliendo los gases proyectados a gran velocidad por el orificio posterior.”

Alzó Forester la vista del folio, que colocó sobre la mesa.

—Estos detalles de interés para los técnicos quedan apagados para los profanos en la materia cuando algún día sabrán que este motor puede volar a velocidades sónicas de mil doscientos kilómetros la hora, velocidad sin trepidación, y que, por carecer de mecanismo compresor, soporta hasta dos mil grados de temperatura. Su entretenimiento es baratísimo, ya que apenas consume combustible. Pero, más que por su baratura, es un motor que resolvería el problema a potencias escasas en gasolina. ¿Ha asimilado?

—Perfectamente, señor.

—En el segundo avión salió el agente cincuenta y tres. Al transcurso de los días, sin noticias, convocóse una reunión de altos jefes, a la que tuve el honor de ser citado. El plan a discutir era el siguiente: primero, descubrir el espía que informaba la salida de los

dos aviones sin rumbo conocido, por causas misteriosas. Segundo, necesidad indiscutible de verificar la prueba de largo recorrido. Tercero, agenciar el medio de la prueba del termorreactor, en modo que no pudiera ser nadie informado de la salida del avión de prueba, cosa difícil, caso de despegar de un aeródromo militar o privado. Cuarto, dando por cierto que a la primera anomalía los dos pilotos de cada avión cumplieron con su deber, que era provocar el estallido del motor; por lo que quien o quiénes están interesados en este invento persistirían en apoderarse del termorreactor. Quinto, elegir para la tercera salida del aparato dotado de termorreactor un aeródromo normal, de línea de pasajeros, con servicio de largo recorrido. ¿Comprende?



*¿Has oído hablar de Ronald Kemper?*

—Comprendo, señor.

—Fué elegida la compañía “Longway”, una de cuyas líneas está dotada de avión de pasaje, con motor de reacción, y que efectúa el trayecto Filadelfia-Río Janeiro en una sola etapa. Mañana, a las

ocho horas, sale un “Longway” para Río Janeiro. Dos pilotos militares. Usted irá a bordo.

—Bien, señor.

—Irá como un pasajero más. Los mismos pilotos ignorarán su calidad de subinspector del C. I. A. Pudieran ser agentes ellos, o sobornados. Usted vigilara atentamente. Si el avión no sufre el menor contratiempo, en cada viaje usted irá a bordo. Concretemos las posibilidades. La más posible eventualidad es que, en algún lugar comprendido en toda la vasta zona de la cuenca del Amazonas, los otros dos aviones termorreactor se extraviaron, accidentalmente o por causa desconocida. Esta causa hay que averiguarla y combatirla. Esta es su misión.

—Bien, señor.

—De su buen éxito depende un futuro mejor. Nuestra superioridad armada puede asegurar la mortificante situación de paz falsa, miedo y desilusión que ha invadido el mundo. Necesitamos el termorreactor, no para encender una guerra, sino para prevenirla.

—¿Puedo hacer una pregunta, señor?

—Ya sé lo que va a decirme. A bordo irán algunos pasajeros inocentes. Es necesario. Su misma presencia alejará sospechas de los espías, si es que la desaparición de los otros dos aviones se debe a causa provocada. Lamentándolo, la vida de varios pasajeros representa la de millones de seres en juego. ¿Comprendido?

—Perfectamente, señor.

—Si sobreviene un accidente, investigue las causas. Usted conoce aspectos técnicos del vuelo. Seguirá en los mapas la ruta. A su iniciativa queda cuanto deba hacerse. Viajará a bordo del “Longway”, que mañana saldrá rumbo a Río Janeiro, con documentación de prospector de minas en Sao Paulo, como nativo español, llamado Carlos Márquez, con nacionalidad adquirida en los Estados Unidos. ¿Alguna aclaración?

—Ninguna, señor. Confío en que mi hermano...

—El agente Patrik Market, en el cuadro de honor del F. B. I., será debidamente vengado. Váyase tranquilo, muchacho.

## CAPÍTULO V

La azafata, o aeromoza, de la compañía “Longway”, manteníase pacientemente junto a la pasarela del avión a reacción, ignorante de que su motor fuera un termorreactor.

No conocía los dos pilotos, ni le importaba. Eran feos. Ella, en cambio, era como las demás azafatas, un encanto para los ojos masculinos.

Eran las ocho menos cuarto. Los pilotos estaban en su cabina. Se acercaba el coche portaequipajes. Y, al detenerse bajaron los dos portadores.

—¡Equipaje de los pasajeros Kemper y Kemper!

—Sillas dos y tres —replicó ella.

—¡Equipaje de los pasajeros Vandorf, Compton y Lester!

—Sillas cuatro, cinco y nueve.

Cargaron los dos en la parte destinada a equipajes, colocando en las red ecillas sobre los asientos laterales las pequeñas valijas designadas con etiqueta verde de “portables”.

—Buen viaje, Evelyn —dijo uno de los mozos, al arrancar el coche.

Evelyn Brenton agitó la mano en despedida. No había más que cinco pasajeros, y, sin embargo, ella, en su lista, tenía seis. Tal vez el sexto pasajero no llevase equipaje.

Revisó la lista:

“Ronald Kemper.”

“Dalila Kemper.”

—Vaya nombre presuntuoso: Dalila —murmuró Evelyn, entre dientes.

“Gail Vandorf.”

“Casey Compton.”

“Dude Lester.”

—¿Los cinco en regla. Equipajes a bordo. Tomando el café en el bar, con las píldoras infalibles contra el mareo de arranque.

“Carlos Márquez.”

Carlos... Un español. Tendré que vigilarle... Estos españoles confunden la sonrisa comercial con otra cosa. Aunque éste, según la documentación, está nacionalizado. Vaya, ya van llegando.

Cinco minutos, antes, Ronald Kemper, en el bar del aeródromo,

sermoneaba a su hija.

—Te he repetido cien veces qué nada tiene de particular que Gail haga viaje a Río. Además, soy tu padre, ¿no? No tengo que darte explicaciones.

—Gail Vandorf es una ambiciosa, que lo disimula.

—Ayer te aclaró por teléfono su satisfacción por viajar juntas. Ella va en calidad de secretaria con los agentes de bolsa Compton y Lester.

—No me gusta Gail.

—Pues te aguantas, y serás amable. La pobre muchacha no te ha hecho ningún mal. Sonríe, Dal, que allí viene.

Gail Vandorf besó en la mejilla a Dalila y estrechó la mano de Ronald Kemper. Presentó a Casey Compton y a Dude Lester.

Lester contempló con evidente pasmo de admiración a Dalila Kemper. Tomaron café y las píldoras.

Compton inició la marcha hacia el avión, seguido por Gail Vandorf y Dude Lester.

—Padre —murmuró Dalila—. ¿Te has fijado en Compton?

—Le vi. ¿Qué le pasa?

—Tiene cara de asesino.

—¡Maldita sea! Gail una ambiciosa, Compton un asesino... ¿Y qué le parece a mi encanto de niña el tercer viajero?

—Un Don Juan vulgar, antipático.

—¡Vaya! Estamos de enhorabuena.

Ella dió un respingo y clavó sus uñas en el antebrazo paterno. Ronald Kemper gruñó, asombrado. Dalila Kemper, dilatados los ojos, murmuraba:

—Él, es él; sí, es él...

—¿Qué mil rayos pasa ahora, condenación?

Ronald Kemper había tratado con mineros, y no tenía un léxico muy escogido cuando estaba en la intimidad, o furioso.

—Es él, ¡qué desfachatez!

Clifford Market entraba en el bar, llevando una cartera de negocios sujeta a la muñeca por una cadenilla. No miró a los dos Kemper. Seguía bajo la impresión de su reciente pena.

—Vámonos, padre. Es el insolente que pegó a Archie. Es capaz de haberme seguido hasta aquí.

—Si es así, lo disimula muy bien, Dal. Parece un alma en pena, alguien devorado por él dolor; un dolor íntimo, sincero.

Clifford Market bebió su café, rechazó las píldoras, y, saliendo del bar, dirigióse hacia el cercano avión.

Evelyn Brenton, la aeromoza, saludóle sonriente:

—Bienvenido, señor Márquez —habló en español—. Su sitio es el seis, junto a la ventanilla de babor.

En el interior, Dalila volvió a clavar sus uñas en el antebrazo paterno.

—¡Conden...!

—¡Él, padre! ¡Viene con nosotros!

—Un derecho muy libre, si tiene con qué pagar el pasaje. A callar, niña. Y disimula, que pareces una colegiala con el pavo.

Clifford Market penetró en el interior. El trayecto a Río Janeiro, sin escalas, de la “Longway”, era uno de los más caros de todas las compañías aéreas.

Verificaba un viaje semanal. No llevaba más que ocho asientos. Al sentarse Clifford Market ocupando el asiento junto a la ventanilla, a la izquierda, mirando al frente, observó el resto del pasaje.

A la derecha, junto a la ventanilla opuesta a la suya, había un individuo atlético, de duras mandíbulas.

Delante de él, una rubia bonita junto a un individuo de cara triste. Miró al frente, y divisó primero la nuca robusta de Ronald Kemper, a quien no conocía.

La mujer que estaba precisamente delante suyo y al lado del desconocido de nuca robusta, tenía unos magníficos cabellos negros.

Clifford Market vio como la aeromoza instalábase en el lugar posterior del avión, en el espacio que, a modo de ancho pasillo, separaba las butacas de pasaje.

El avión iba a despegar. Oyóse un zumbido suave que fue aumentando hasta ser un agudo silbido...

Como una flecha, remontó el aire. Y Ronald Kemper gruñó:

—¡Mil diablos! Este avión parece un cohete.

La cabina de pasajeros tenía perfecta acústica, aislamiento del ruido exterior, refrigeración...

Dude Lester fingía dormitar, porque empezaba a sentirse mareado. Gail Vandorf aplicábase a las fosas nasales un diminuto pañuelo empapado en aromáticas sales de lavanda.

Casey Compton desplegaba el periódico. Ronald Kemper estudiaba las casillas de una libreta-agenda donde tenía apuntadas citas, temas a tratar, precios, sugerencias...

Dalila Kemper dominaba sus nervios mirando, sin leerla, la página de una novela que le habían dicho era altamente sugestiva: *Ambar for ever*.

Clifford Market abrió su cartera. De ella extrajo lo que parecía

otra novela, por tener encuadernación idéntica a una famosa colección policíaca cuyo *slogan* de propaganda, en franja, prometía: “Un estremecimiento por minuto, una sensación por segundo”.

La novela lo era hasta sus páginas centrales, substituidas por otras impresas en la sección especial del C. I. A.

Leyó Clifford Market, en la página 98:

“...saltando en el vacío, hacia el líquido abismo que espumoso, rompiendo contra las rocas, levantaba penachos de blancas crestas...”

Eran las dos líneas primeras de la página 98 de los sesenta mil ejemplares del mismo título. Seguía; el mismo tipo de letra, pero destinado a un solo lector: Clifford Market:

“Asiento dos: Dalila Kemper.”

Respingó el agente del C. I. A., contemplando ahora con nuevo interés la negra cabellera femenina frente a sus ojos. Dalila Kemper seguía luchando con su nerviosismo...

“Hija del magnate Ronald Kemper, ocupante del asiento tres. Ambos, honorables, acaudalados. Pueden descartarse.”

Volvía el texto policíaco, relatando la caída en el mar del perseguido asesino.

“Asiento cuatro: Agente de bolsa Casey Compton. Buena reputación, posición bancaria fluctuante. Deudas. Motivo alegado del viaje establecer con su socio Dude Lester, ocupante asiento nueve, sociedad de exportación en Río. Dude Lester, agente de bolsa. Asociado Compton. Ningún antecedente de ambos. Posibles concomitancias negociales, si oferta crecida. Vigilar.”

Otras cuatro líneas relatando las angustias del asesino emergiendo del agua y de su perseguidor disparando.

“Asiento cinco: Gail Vandorf. Buena sociedad. Arruinada. Padre suicidado por fracaso en negocios. Motivo viaje alegado: secretaria socios Compton y Lester. Es posible. Vigilar.”

El asesino nadaba vigorosamente entre dos aguas. El detective pataleaba furioso. Las olas batían de pleno allá abajo:

“Asientos siete y ocho, sin ocupar. Aeromoza Evelyn Brenton. Irreprochable. Fue sometida a prueba hace siete días. Rechazó y denunció al supuesto espía que ofrecióle quince mil dólares para un plano del motor reacción del último tipo de la “Longway”. No obstante, vigilar.”

Ya el texto que seguía era enteramente policíaco imaginativo. Encendió Market un cigarrillo, cuya llamita aproximó a distancia de dos milímetros de los “añadidos” tipografiados por el C. I. A.

Iba pasando el cigarrillo, sin tocar el papel, sobre las líneas de

informes, reunidos a última hora por otro agente. A medida que el calor actuaba desaparecían los “añadidos”, reapareciendo el texto original.

La bolsa de papel junto a Dude Lester fue llenándose. Evelyn Brenton, la aeromoza, pensó:

“Ahora se pondrá antipático. A estos atletas les molesta marearse y ser asistidos por una mujer.”

Pero su obligación le exigía levantarse, con una bandeja en que se empotraban vasos helados con jugo de limón, naranja, coñac, agua helada, píldoras...

Presentóla a Dude Lester, que, con el pañuelo en la boca, negó violentamente con un gesto.

Gail Vandorf cogió un vaso de jugo de limón.

Ronald Kemper cerró su libreta, palpóse complacido la frente y, de pronto, recordó. Era brusco y noble.

Giró sobre su asiento, y dijo:

—Soy Kemper, el de la antracita, joven.

—Padre... —susurró ella, sonrojándose.

—En efecto. Soy el padre de Dalila. Anteanoche hubo, un incidente, al parecer. Le estoy volviendo la espalda, y... ¿para nos vamos a estar disimulando? Me agradecería una explicación, señor...

—Carlos Márquez —dijo el agente del C. I. A.

—No tengo inconveniente en exponerle lo que sucedió. Un amigo prestóme sus dos butacas. Una señorita llamada Neny Prikles tenía el humano deseo de visitar el teatro, y yo le debía un gran favor. Me prometió portarse bien..., pero falló. Volcó su ponchera sobre el vestido de su hija.

—Eso me contó Dal, señor Márquez.

—El joven que acompañaba, a su hija perdió los estribos. No se lo reprocho. Pero quiso sacarme a puñetazos. Y esto sí se lo reproché. Tal vez si hubiera sido menos impulsivo no habría pasado nada. Lo demás, fue ajeno a las voluntades mía y del acompañante de su hija. Hubo un conato de pelea, personas que intervienen... Y eso fué todo, señor Kemper. Por mi parte no hubo intención de ofender. Y si tal cosa creyó su hija, con sinceridad presento mis excusas.

—Vamos, Dal... El caballero está hablando en plata.

Ella giró un poco el perfil, diciendo, desdeñosa:

—He olvidado por completo lo sucedido.

—Bueno, eso ya va mejor. Hay viaje para rato. ¿Un poker, señor Márquez?

—Con mucho gusto.

Ronald Kemper se levantó para tender la mesita, fijándola entre su asiento y el de Casey Compton.

Clifford Market pasó a ocupar el asiento número siete, a su lado. Casey Compton asintió a la invitación del millonario.

Contempló indiferente al presentado.

—Tanto gusto, señor Márquez.

Ronald Kemper rió, bonachón.

—Esta juventud es un asco. Su socio Lester, fuera de combate; Gail, al borde del K. O.; y mi hija, disimulando. Y ustedes dos, jóvenes, tienen cara de sufrimiento. La nueva generación es un asco. Tal vez tengamos nosotros la culpa.

—¿Por qué, señor Kemper?

—Abreviemos, Compton. Kemper a secas. ¡Mil diablos! Este avión es un cohete. El otro viaje que hice no iba tan de prisa ni tan alto.

—¿Cómo lo percibe, señor Kemper?

—Kemper a secas, Márquez. Lo percibo porque allá se ve la línea del Delaware, y hace apenas segundos, al levantarme, divisábase aún la cumbre de la Picuda, que ya está invisible. Buena línea ésta. Siempre mejorando. ¿A cuánto el resto, Compton?

—No me replicó usted a mi pregunta. Dijo que la nueva generación es un asco. Y que tal vez ustedes, los de más de cuarenta, tengan la culpa.

—Tengo cuarenta y ocho, y no he perdido ilusiones. Ustedes viven la época de lo que llamo “el signo des”. Desilusión, desidia, desamor, desprecio al futuro... No supimos nosotros forjarles una época tranquila. ¿A cuánto el resto?

—Cien por mí.

—Vale —asintió Market.

Barajó Kemper. Jugaron en silencio un largo rato, con alternativas. Casey Compton era flemático, frío. Ronald Kemper, impulsivo, de corazonadas. Clifford Market, abstraído, pasaba con frecuencia.

—¡Mil diablos! —exclamó, de pronto, Kemper—. Oiga, señorita...

—Evelyn —dijo la aeromoza, acercándose presurosa.

—Evelyn... ¡Eso es un cohete! Desmiéntame si me engaño. ¿No es aquel pan quemado el Monte de Savannah?

—Lo es, señor Kemper.

—¡Savannah! ¿Dije o no que eso era un cohete? felicitaciones de mi parte a la “Longway”, Evelyn. Con aviones como éste pronto será una realidad desayunar en Filadelfia, almorzar en Buenos Aires y

jugar al golf antes de cenar en el “Palace” de Calcuta. Oiga, Evelyn; tráigame un coñac doble. Es magnífico este avión. No trepida casi nada. Parece una alfombra. Vaya, Gail, ya te has sobrepuesto. Eres una valiente. Echa una mano; te permitiremos trampas...

Gail Vandorf se trasladó al asiento ocho, junto a Dude Lester, que iba recuperándose y que fanfarroneó:

—Las salidas en ascensor y avión siempre me dan en las sienes. Exceso de sangre. Dentro de poco seré el quinto de poker.

Volvió el juego a imponer silencio. Al perder su primer resto, Clifford Market excusóse:

—Abandono. Nunca, he sido fuerte al poker, y soy mal jugador. El señor Lester tomará mi lugar, seguramente.

Volvió a sentarse tras Dalila Kemper. Desplegó un mapa de ruta, y fue identificando la difícil topografía.

Volaban sobre Miami y Florida. Cerró los ojos. No podía apartar de su mente la imagen de Patrik, desfigurado, destrozado..., torturado con salvaje bestialidad...

Debía rehacerse, sobreponerse, como diría el campechano Kemper. Tenía una misión que cumplir. De un momento a otro podía sobrevenir el misterioso accidente. El accidente que había hecho desaparecer sin el menor rastro a dos aviones dotados del mismo motor que ahora, a velocidad de mil doscientos kilómetros por hora, surcaba el espacio.

Durmióse, porque desde las cinco y siete minutos de la madrugada anterior no había podido dormir. Había colocado la manecilla de su pulsera-despertador en la una hora en que surcarían el canal de Panamá, para empezar el rumbo hacia el Amazonas.

Tintineó su reloj, y abrió los ojos. Gail Vandorf dormía apoyada en el hombro de Casey Compton. Dude Lester descansaba también.

Ronald Kemper comía con un apetito feroz. Dalila Kemper dormitaba.

Acercóse Evelyn Brenton.

—¿Qué le sirvo, señor Márquez?

Tras consultar la carta, eligió Market. Ronald Kemper extendió su respaldo, levantó el estribo delantero y, tendido confortablemente, cruzó las dos manos sobre el estómago, disponiéndose a dormir.

El monótono zumbido sordo del termorreactor era una invitación al sueño.

Terminada su comida, Clifford Market consultó el mapa de ruta. Era copia del facilitado por el Ministerio del Aire sobre la ruta exacta que seguiría el termorreactor.

Pasaban ahora sobre la cuenca del Orinoco, surcando Venezuela de Este a Oeste. Divisábase a lo lejos la elevada sierra de Pacaraima, primera frontera norte del Brasil.

Faltaban cuatrocientas millas para atravesar Manaos y la gigantesca isla Serpa, centro civilizado del enorme Amazonas. Después venía ya la red de afluentes, y, al sur, el Matto Grosso, con sus numerosos parajes inexplorados.

A partir del paralelo 0°, la línea ecuatorial, podía sobrevenir el “accidente” ignorado.

Roncaba Kemper, roncaba Dude Lester, suspiraba Gail Vandorf, meditaba Casey Compton, soñaba pesadillas Dalila Kemper...

Evelyn Brenton leía las aventuras submarinas de un héroe de Julio Verne.

Pasó una hora y media. Reproducía el lejanísimo suelo, el dibujo del mapa entre las manos de Market. La isla Serpa, y la ciudad de Manaos. Estaban en el paralelo 4° Sur, meridiano 59°.

Normal, todo normal. Y empezó Market a pensar que lo único anormal era su encuentro con Dalila Kemper, la mujer que, al verla por vez primera la noche del “escándalo”, había producido en él tan fuerte impresión.

Volvió a mirar el mapa de ruta. La próxima señal de referencia eran las Cataratas de Apúe, las Colas de Caballo.

Majestuosas, blanquecinas entre el verdor de la vegetación espesa, las cataratas se mostraron fugazmente.

La siguiente referencia era la negra cordillera del Araguaya, con su incisión de barrancos por encima de los que no volaron. Se dio cuenta pasados unos instantes.

Clifford Market miró su mapa, hoja quince, miró el suelo, miró su reloj y miró a Evelyn Brenton, enfrascada en su lectura.

Se levantó, acercándose a ella, que, al oírle, se puso en pie.

—Dígame, Evelyn: ¿sabe dónde estamos?

—Preguntaré al piloto, señor Márquez. Un momento, por favor.

Bajó una palanca en el cuadro a su lado. Habló a la red:

—¿Situación, por favor? ¿Situación, por favor? Aguardó unos instantes ante la muda red. Extrañada, repitió la llamada, comprobando que la luz de comunicación funcionaba.

—¿Situación, por favor? ¿Situación, por favor?

Esperó dos segundos. Dijo, extrañada:

—Es raro. No contestan. Iré a ver.

Siguióla Market. En la puerta del compartimiento delantero repiqueteó ella sobre un círculo membranoso. Explicó:

—Los señores pilotos se molestan si abro la puerta. Es un

privilegio de ellos.

Repitió la llamada, ya impaciente. Clifford Market asió la empuñadura. Evelyn Brenton protestó, respetuosamente:

—No lo haga, señor Márquez. Está prohibido.

Abría ya Market. Y Evelyn Brenton lanzó un agudo chillido... que despertó a los durmientes.

Azulados los rostros, inmóviles, tendidos en el suelo, derribados de sus sillines, los dos pilotos yacían boca arriba.

Y Clifford Market contuvo el ademán de Evelyn Brenton, que quería entrar junto a los dos yacentes.

—¡No entre! ¡Están electrocutados! ¡Mire el suelo!

Vibraban chispas por el suelo de la cabina de pilotos. Y el olor a carne quemada llegó netamente al olfato de Evelyn Brenton, que, pese a toda su fortaleza nerviosa, se desmayó.

Y Clifford Market hallóse ante el misterio.

El avión seguía su vuelo normal. Pero con un rumbo desconocido. En la cabina, dos pilotos muertos electrocutados. Y ningún pasajero habíase movido.

## CAPÍTULO VI

Las juntas de la puerta con la cabina de pasajeros estaban forradas de corcho aislante para ruidos. La enigmática corriente que había electrocutado a los dos pilotos no había seguido camino hacia los pasajeros.

Ronald Kemper y Casey Compton estaban junto a Market, entre cuyos brazos seguía desvanecida Evelyn Brenton.

—¿Qué pasa aquí, Márquez?

—Los dos pilotos electrocutados.

—¡Condenación! ¡Cojan los mandos, hagan algo, pidan socorro...!

—Toda la cabina está bajo una corriente de fuerte voltaje, Kemper. No atravesie nadie esta puerta.

—¡Pero nos vamos a estrellar!

El pánico estaba cundiendo, y Clifford Market dióse cuenta de que debía imponer enérgicamente un sosiego.

—No pierdan la serenidad —conminó, apartando de un empujón a Casey Compton—. Usted cuide de su acompañante. Usted, Kemper, proteja a su hija. Usted, Lester, tome a Evelyn. Ajústense los paracaídas. Pronto.

El avión había amenguado su enorme velocidad, y describía a modo de amplios círculos, casi planeando.

Evelyn Brenton recuperóse de su desmayo, encontrándose entre los brazos de Dude Lester, que ya tenía ajustadas las espaldas y cinto del paracaídas.

—¡Nos vamos a estrellar!... —vociferó Kemper, abrazado a su hija.

—Abre la puerta, Lester; ábrela y lancémonos —dijo Casey Compton.

Todos actuaban como por sacudidas, presa del pánico. Sólo Clifford Market conservaba su serenidad, tratando de pensar en el medio preciso para inutilizar el motor termorreactor.

No podía entrar en la cabina, donde aun restallaban por el suelo descargas eléctricas, de origen desconocido. El avión planeaba ahora en grandes círculos sobre una zona boscosa, surcada por un río pleno de revueltas, cuyo curso tenía semejanza con un gigantesco y largo sacacorchos.

Gail Vandorf asíase desesperadamente al cuello de Compton. Contra una de las puertas, unían sus esfuerzos Kemper y Lester para abrirla, Evelyn Brenton fué readquiriendo su serenidad.

Acudió y maniobró en los topes de cierre de la hermética puerta, que, al abrirse, mostró el vacío abismo, a cuya visión retrocedieron Lester y Kemper.

El silbido del avión era ahora agudo, muy perceptible. Casey Compton, levantando en vilo a la abrazada Gail Vandorf, empujó a los lados, para abrirse paso, y arrojóse al, espacio.

Su gesto pareció contagiar a los otros dos. Dude Lester se lanzó, y Ronald Kemper, abrazando a su hija Dalila, hundióse en el abismo.

Pronto tres grandes setas se abrieron, destacándose la blancura de la seda del paracaídas sobre la intensamente verde vegetación y el azul del río.

Evelyn Brenton ajustábase el paracaídas. Y señaló un cinto complementario al que se estaba ciñendo.

—Pistola con cartuchos de bengala, señor Márquez. Láncese, porque es mi obligación saltar la última.

Clifford Market ciñóse el cinto de bengalas luminosas, y de la cartera extrajo los mapas fragmentarios de toda la zona central del Brasil.

—Distamos aún un buen millar de metros del suelo. Evelyn. Arrójese, que la sigo. Sin discutir. Cuando llegue al suelo, ya daré mi posición para que nos reunamos. ¡Vaya!

Empujóla por los hombros. Y al desaparecer ella por la abertura, Clifford Market regresó junto a la cabina.

Tiró al suelo un panel, que fué ennegreciéndose y arrugándose. Chispeaban en los dos cadáveres las piezas metálicas de sus manos.

Y, de pronto, un nuevo zumbido llamó la atención del agente del C. I. A. Era un ronco estrépito acercándose.

Creyó en la presencia de otro avión, hasta que comprobó que era un ruido, parecido al de un gigantesco transformador.

Cesó bruscamente, y, a la vez, todo zumbido apagóse en el termorreactor. Una enorme sacudida pareció desencuadrar el avión. Y proyectado por la fuerza del incomprensible fenómeno, salió Market precipitado fuera de la carlinga.

Cayó. Y su índice arrancó del anillo, abriéndose el paracaídas. A los bamboleos laterales trató de divisar el avión en el espacio.

Bajaba en picado, como atraído por un imán, ya que no era la fuerza de gravedad la que le hacía caer, puesto que iba en ángulo agudo, más al sur de donde descendían los paracaídas.

Asido a los tirantes, divisó Market como el avión desaparecía entre contornos de una colina arbolada, elevándose en una de las revueltas del río.

Trabó contacto con el suelo, y fué arrastrado unos instantes, hasta que logró desprenderse de las espaldas. Se puso en pie, mirando en rededor.

Estaba en el centro de un conjunto de árboles, lianas, trepadoras, matorrales y sobre un suelo de mullida hierba color rojizo.

Sacó febrilmente los mapas, hasta localizar uno que era atravesado por un surco en forma de sacacorchos.

Río Juruá. En pleno corazón inexplorado y selvático del Amazonas. A lo lejos, remontó en el aire un cohete rojo, seguido por otro azul, con profusión de humo.

Evelyn Brenton disparaba bengalas señalando su posición. Y hacia allá dirigióse Market, abriéndose dificultosamente paso por entre la vegetación.

Crepitaron mandíbulas cerca... Miró, divisando en la copa de un árbol numerosos monos pequeños.

Oíanse susurros por entre la hierba. Y un silencio reinaba a instantes, hondo, opresivo.

Era la selva virgen, la selva dominio de las fieras desconocidas. Oyó un grito femenino. Corrió, dando tropezones...

Era Evelyn Brenton, la cual trataba de escapar al cerco lento que describía un animal parecido a un gato grande.

Clifford Market sacó su pistola, apuntando cuidadosamente entre los ojos del felino. Disparó. Y alcanzado certeramente, el felino dió un salto enorme hacia un lado, para caer sobre el lomo, arañando el aire en zarpazos convulsos de muerte.

Evelyn Brenton acudió corriendo, y, primitivamente, abrazóse a Market, gimiendo:

—No me deje, no me deje sola, Márquez. Estamos... en plena selva del Amazonas. Aquel río es el Juruá, donde dicen que está la anaconda, la serpiente de cien metros de largo por tres de ancho... ¡La anaconda!

—Cálmese, Evelyn. Saldremos de aquí, no se preocupe.

Oyóse un lejano disparo hacía el Sur. Market comentó:

—Los otros. Vamos a reunirnos con ellos, Evelyn. No tenga miedo. Ya saldremos de aquí.

Acercándose al río, cuyas márgenes parecían playas, andaban por senderos abiertos entre la copiosa vegetación por algunos cuerpos voluminosos, qué habían formado a modo de túneles en la

selva.

El sol apenas lograba penetrar, produciendo una leve claridad. Y vieron agitando los brazos a Ronald Kemper, su hija, Gail Vandorf y Casey Compton, en pie, en una de aquellas riberas que formaban como una cala playera.

Dalila Kemper estaba sentada, cruzados los brazos sobre las rodillas, y sobre los brazos, apoyada su cabeza. Postura que evidenciaba su desesperación.

Ronald Kemper gritaba:

—¡Aquí, aquí!

Los seis quedaron reunidos. Miráronse con aprensión.

—Falta Lester —comentó Compton—. Debió caer más lejos. Dispararé otra vez para señalarle nuestra posición.

Alzó su pistola ametralladora, la misma que había matado a Patrik Market.

Disparó en el aire, y el estampido resonó huecamente.

Ronald Kemper murmuró, al extinguirse el eco del disparo:

—Hemos de hacer algo. Se va a echar la noche encima. La noche...

—Encender fogatas. Dicen que esto ahuyenta las fieras.

—¿Dónde estamos?

—Tengamos calma. No hay que perder el ánimo.

—¡El mapa dice que éste es el río Juruá! —exclamó Evelyn, chillando agudamente—. ¡Es la zona de la anaconda!

—¿Anaconda?

—La serpiente de cien metros...

—Leyendas —atajó Market—. Hagamos un círculo de fogatas. Usted, Compton, y usted, Kemper, ayúdenme a romper ramas; y ustedes dos, señoritas, recojan las ramas y tráiganlas aquí. Usted, Evelyn. Vaya apilando lo que traigan ellas...

—Es preciso huir de aquí.

—¿Hacia dónde? La noche se acerca...

—Esperaremos al amanecer. Esta playa es blanda, y con las fogatas apercibiremos cualquier peligro. Además, Compton tiene un arma y yo también. No hay peligro inminente. Caben recursos. Hacer una balsa y seguir el curso del río hacia el Norte. Pero ahora recuperen todos sus energías y hagamos lo dicho.

—Sí, Márquez —aprobó Kemper—. Vamos a ello. Levántate, Dal. Ayuda. Y tú, Gail, deja de lloriquear. Somos tres hombres protegiendo... ¡Ahí viene Lester!

Dude Lester avanzaba presuroso, manoteando, como poseído de un pánico infrahumano. Llevaba las ropas en jirones, desgarradas en

su correr a través de zarzas y vegetación.

—¡Horrible! ¡La he visto, la he visto!... Era...

Estaba ya junto a ellos, Clifford Market alzó su puño, que chocó limpiamente en la barbilla de Lester, que desplomóse sin sentido.

—Tuve que hacerlo —explicó Market—. Compréndalo, Compton. Su compañero estaba histérico, y nos iba a contagiar.

—Bien hecho, Márquez.

—¿Qué es lo que vió?

—¡La anaconda! La...

—¡Cállese, Evelyn! —atajó Market, zarandeando por un brazo a la aeromoza—. No agravemos nuestra situación.

—Es necesario buscar una ciudad, un poblado cercano —argumentó Ronald Kemper—. No podemos pasar la noche aquí.

—Escuche, Kemper. Ésta es una zona inexplorada. Vea este mapa, con las notas marginales. Estamos en el curso medio e inferior del Juruá. No hay ciudades, ni poblados, ni habitantes en un cuadrado no inferior a cuatrocientos kilómetros. El único poblado es Ponte Boa, que está cerca de la desembocadura del Juruá, y dista quinientos kilómetros más o menos.

—¡Es imposible extraviarse hoy en día! Hay telégrafos, hay...

—Aquí no hay más que selva incivilizada, Kemper. Podemos salir de ella aunando los esfuerzos y serenando los ánimos.

—Hacer una balsa; y siguiendo el curso del río hacia Fonte Boa, llegaremos al sitio civilizado —expuso Casey Compton.

—¿Con qué hará la balsa? No tenemos hacha para derribar troncos. ¡Pero es imposible! No podemos estar perdidos aquí. Por fuerza hay un medio de...

En el suelo, arenoso, Dude Lester incorporóse, sacudiendo la cabeza y tocándose la mandíbula. Luego, gruñó:

—¿Quién me ha golpeado?

—No es momento de necedades, Dude... —dijo Compton—. Y usted, Márquez, comprenda que no tenemos espíritu para permanecer aquí. Aunque sea andando, siguiendo la ribera, iremos en busca del Norte.

Clifford Market deseaba explorar la colina boscosa al sur, donde viera desaparecer el avión. Se encogió de hombros, contestando:

—De noche es peor caminar por la selva. Mi consejo es que esperen el amanecer.

—Propongo ir en busca cuanto antes de la civilización —dijo Kemper.

—Son quinientos kilómetros en línea recta. Siguiendo la ribera, el doble.

—Pero quedarnos aquí nada resuelve.

—Pasar la noche aquí, sería peor. Usted, Compton, y usted, Lester, ¿están de acuerdo conmigo? Vámonos, siguiendo el curso del río, hacia el poblado. Alguien hallaremos por el camino... Es imposible que estemos en comarca totalmente despoblada.

Dalila Kemper se levantó, acercándose a su padre. Gail Vandorf no se separaba de Compton. Duda Lester dijo:

—Vámonos ya. Lo que vi, no puedo precisarlo; pero era algo enorme arrastrándose. Vámonos...

—¿Usted viene, Márquez —preguntó Kemper.

—No.

—Allá usted con su terquedad.

—No es terquedad; es prudencia. Yo encenderé fogatas, que ahuyentan las fieras, y cuando nazca el día...

—¡Vámonos ya! —apremió Duda Lester, echando a andar.

Siguió Casey Compton, acompañado por Gail Vandorf. Ronald Kemper, lívido, asió por una mano a su hija.

Fueron alejándose ribera arriba. Evelyn Brenton susurró:

—Están locos... Pero quedarse aquí es también locura, Márquez. Me voy con ellos.

—Como quiera. Pero usted debe conocer de referencias esta zona. Abundan las serpientes cascabel, los jaguares y toda clase de fieras extrañas, como el taminor hormiguero, la janguada, el cafuze y otras. Lo he leído. Y recomendaban los exploradores no moverse de noche, sino permanecer en el centro de un círculo de fogatas, constantemente alimentadas. Es la mejor, solución.

—Ellos son tres, y dos van armados. Me voy, Márquez. No se quede aquí.

—Váyase.

Ella alejóse corriendo por la arena:

Clifford Market empezó a quebrar ramas bajas, medio secas, que fue apilando en varios montones formando un círculo.

Anochece cuando, a solas en la playa del Juruá, encendió las grandes masas resinosas, sentándose en el centro junto a otros haces.

Tenía que ir hacia la colina boscosa donde había desaparecido el avión. Su hipótesis era que una fuerza misteriosa, proyectada desde lejos, había electrocutado a los dos pilotos, captando luego en forma inexplicable el mando del avión hasta atraerlo a la colina pavorrosa.

Allí estaba la solución del misterio de la desaparición de los tres aviones.

Percibió susurros, y vió puntos brillantes fosforecer por la densa vegetación ya cubierta por el manto de la noche. Pupilas mirándole. Pupilas de monstruos. Y su imaginación empezó a divagar por lo que había leído acerca del misterioso terreno del Amazonas, donde exploradores pretendían haber visto mujeres-gorila, hombres-cabrios, serpientes de enorme, largura, restos de monstruos prehistóricos...

Se dominó, para no dejarse vencer por la imaginación. Iba poblándose el silencio de raros rumores. Era el más audible el suave deslizarse del anchuroso río.

Había crujidos, castañetear de dientes, leves silbidos y, muy identificable, el cascabeleo peculiar del reptil de dicho nombre.

Unos rugidos fueron creciendo, apagándose, volviendo... Clifford Market empezó a creer que, si no sobreponíase, enloquecería al cabo de media hora de escuchar aquella, cacofonía, ensordecedora a instantes y que cesaba de pronto.

Las fogatas crepitan en ancha llama verde. A sus resplandores, miró Market su reloj. Eran las seis de la tarde. En aquella época invernal faltaban, trece horas para que volviera la luz del día. Trece horas de constante vigilia.

¿Y qué habría sido de los otros seis compañeros de infortunio? Hubiera sido imposible imponerse a ellos, porque estaban, empavorecidos.

Sentíalo por las tres mujeres. Pensó en Dalila Kemper, a la que conoció arrogante como una diosa y ahora empequeñecida, más femenina, plenos de ancestral temor los hermosos ojos.

Y de pronto, pensó en que Compton y Lester llevaban pistolas. Debían poseer licencia. Un arma podía servirles de poca cosa...

A través de las llamas no podía divisar lo que rodeaba la ribera. Imposible ver unos rostros oscuros, humanos, hirsutos, de cabellera crespada, que iban reptando por el suelo, armados de machetes, lanzas y con largos lazos de liana.

Clifford Market se levantó, porque el estar sentado, inmóvil, causábale una sensación de inerte indefensión.

El cielo oscuro, tachonado de estrellas, tendía su enorme arco endoselado, sin luna. Ascendía frescor del río, pero un frescor malsano, como cargado de miasmas húmedas.

La floresta empezaba a destilar dulzones olores de flores exóticas. La naturaleza, en todo su esplendor salvaje, iba despertándose con la noche. Tendió el oído Market. Parecíale haber escuchado el susurro de unas gargantas humanas, próximas, hablando en voz queda.

Serían a lo mejor los seis que regresaban... No, porque hubiesen gritado, advirtiendo su llegada.

Y de pronto algo silbó, sinuoso... Clifford Market alzó en gesto instintivo su diestra para protegerse del invisible peligro.

Otros silbidos siguieron, y varios lazos cerráronse prietamente alrededor del busto, brazos y piernas del agente del C. I. A., que cayó derribado y sintióse arrastrado hacia el espacio abierto entre dos fogatas.

No podía substraerse a la tracción de las lianas manejadas por seres que no veía. Primero creyó en reptiles, pero ahora comprobaba que eran ligaduras. Y sintióse aliviado. Había seres humanos, y lo prefería, aunque fueran salvajes, indios de tribus desconocidas. Lo prefería a tener que esperar trece horas frente a lo ignoto, lo monstruoso y prehistórico de aquella zona inexplorada del Amazonas.

Al salir del círculo de llamas, cegado por ellas, nada vió. Sólo sintió que era izado a lomos de algún animal, el cual se puso en marcha río abajo. Estaba él de bruces, atado, y sólo olía el acre y punzante hedor de una piel animal, peluda, semejante a la del mulo. Algo rodeó su cabeza, una tela, y fueron completas las tinieblas.

Trataba de reflexionar. Serían salvajes que llevaríanlo hacia su poblado.

¿Por qué no le habían dado muerte? ¿Por qué cubríanle el rostro? ¿Dónde iban?

Pasaban los minutos, y el trote se convirtió en galope. No resonaba, porque los cascos del desconocido animal que cargaba con él hundíanse en la arena.

Y, agotado, Clifford Market cerró los ojos, renunciando a pensar. Cuando el galope cesara y le quitaran el saco que cubría su cabeza, entonces vería dónde estaba y quiénes eran los que habíanle apresado con los lazos.

Calculaba que hacía ya dos horas que estaban en marcha. Y se durmió, físicamente vencido por el momento.

No podía ver que estaba a lomos de un vulgar caballo, corto de alzada, y cuya larga brida era dirigida desde una canoa que surcaba río abajo, valiéndose de una lona triangular.

Eran tres canoas, ocupadas por una veintena de mulatos, de los que en otras zonas alejadas trabajaban, en las plantaciones de café.

A caballo, al frente, iba un blanco. Cubría su cabeza con un *salakof* y su camisa de recia tela mostraba, cruzadas en bandolera, cartucheras. Al hombro terciábase un rifle, y al cinto, dos pistolas.

Llevaba pantalón corto y botas altas. Su rostro era duro, anguloso. Alzó la diestra cuando, al detener el caballo, quedó en un ancho espacio claro, junto a la base de una gran colina cubierta de árboles de hojas pardas.

En la base de la colina, distando del río apenas un centenar de metros, abríanse varias oquedades. Y por una de ellas, los desembarcados mulatos empujaron el caballo sobre cuyos lomos estaba atado Clifford Market.

Otras canoas aparecieron, en las que mulatos tiraban de la brida de otros seis caballos donde, de bruces y atados, cubiertas las cabezas con sacos de bejuco, estaban los restantes pasajeros del termorreactor de la “Longway”.

Los caballos fueron al paso por las oquedades cavernosas, que semejaban largas galerías mineras, donde en las paredes empotrabanse linternas.

Las galerías iban prolongándose en otras múltiples. El blanco que iba montado volvió a hacer la señal de detención.

Hizo otro ademán, y dos mulatos se dirigieron hacia cada uno de los caballos, de donde descargaron, a los prisioneros.

Cogiéndolos por los sobacos y piernas, fueron llevándolos por una galería lateral.

Al extremo, abríase una gran puerta de recia madera, que daba acceso a una iluminada concavidad que tenía semejanzas con un refectorio de monasterio.

Las lisas paredes se combaban hacia el techo. Había en el centro una larga mesa y dos bancos.

Sobre los bancos depositaron los mulatos a los prisioneros. El blanco, desde la puerta, hizo otra señal, indicando a las mujeres.

Fuéronles quitadas las lianas que, en lazo, las ataban. Y ya libertadas ellas, pero todavía cubiertas las cabezas, el blanco hizo otra seña. Ágilmente, todos los mulatos desaparecieron a toda velocidad, como simios bien amaestrados.

El blanco cerró la puerta. Y en la vasta celda quedaron cuatro hombres inmovilizados y tres mujeres que, forcejeando, se liberaban de los sacos que hasta entonces les habían amordazado.

En silencio, Dalila Kemper precipitóse hacía su padre. Gail Vandorf empezó a destrabar las ligaduras que ataban a Casey Compton.

Evelyn Brenton quitó primero la tela que cubría el rostro de Clifford Market, el cual, libre ya, miró en derredor.

Todos, en silencio, se fueron mirando. No había nada amenazador. Estaban en una sala que parecía el refectorio de un

monasterio. Al fondo, una gran puerta de negra madera, cerrada.

Nada les amenazaba, y, sin embargo, ninguno se atrevía a quebrar el hondo silencio con que Contemplábanse atónitos, incrédulos, temerosas ellas, porque el misterio habíase acrecentado.

Palpándose, Casey Compton y Dude Lester, al igual que Clifford Market, comprobaban que habíanles quitado las armas y cuanto contenían sus bolsillos.

Fue Ronald Kemper el que primero habló, rompiendo en carcajada nerviosa, pero de alivio.

## CAPÍTULO VII

—¡Está claro! —exclamó Kemper—. Son bandidos brasileños, y nos pedirán rescate. No son salvajes, porque no estaríamos así. ¡Ánimo, Dal! Estamos salvados. Y lejos va la horrible noche en la selva llena de ruidos y deslizamientos. No le sirvieron las fogatas. Márquez. Nosotros, apenas habíamos dado un centenar de pasos cuando fuimos cazados. He envejecido en estas horas más que en diez años. Pero ahora ya todo queda aclarado. Leí algo sobre bandidos brasileños... Verán cómo dentro de unos instantes vendrán unos cuantos a fijarnos precio... En esta vida, todo es cuestión de negocios. Y hemos salido bien parados.

Hablaba nerviosamente, como deseoso de convencerse. Los demás, maquinalmente, se frotaban los miembros entumecidos por las lianas.

Casey Compton replicó:

—Es posible. En todo caso, hay una verdad. Aquí no entran fieras. Pronto sabremos a qué atenernos. ¿Qué pasa, Gail?

Ella reía nerviosamente, sin poder explicar que su reacción debíase a que estaba pensando que habían efectuado aquel viaje para someter al millonario Kemper a un rescate de un millón.

—Es la natural reacción —explicó Kemper—. ¿Qué opina de todo esto, Márquez? ¿No nos guardará rencor por haberle dejado solo?

—No me dejaron, sino que me quedé voluntariamente. Y celebro la aparición de los lazos, que les evitaron peligros mayores. No deben ser salvajes, porque no estaríamos así, como ha dicho muy bien usted, Kemper.

—Y ahora todo aparece claro —añadió Kemper—. Los dos pilotos sufrieron un accidente y...

Interrumpióse, porque la gran puerta de madera especial acababa de abrirse de par en par.

Aparecieron seis mulatos armados con largas lanzas, cuyas puntas dirigían hacia los prisioneros. Entre ellos estaba el blanco de rostro duro y anguloso, con una pistola en cada mano.

—Apártese, Brown—dijo una voz.

Y ante los atónitos pasajeros del termorreactor —al apartarse, a un costado, sin soltar las pistolas, el llamado Brown—, apareció un

individuo de mediana estatura, rostro pulcro, vestido de dril blanco.

Tenía un rostro inteligente, destellando sus azules ojos tras los cristales de sus lentes sin cerco.

Miró a los reunidos con frialdad, e hizo algo semejante a un saludo.

—Los mulatos y mi ayudante Brown no están aquí para causarles el menor daño. Son una advertencia para el caso de que alguno de ustedes pretendiera algún acto desesperado. Estimo que ustedes, como personas pertenecientes a un mundo distinto, deben saber las causas por las que, fortuitamente y contra su voluntad, se hallan aquí. A esto he venido.

—¿Usted quién es? —indagó Market.

—Stanley Briggs, si es que con ello le aclaro algún punto.

—Es usted inglés...

—Soy súbdito de la hermandad humana.

—¡Diga de una vez lo que se propone, Briggs! —vociferó Kemper—. Tengo urgentes negocios que reclaman mi presencia en Río Janeiro. Pagaré lo que sea, pero tenemos que irnos.

—Lamento, su error. Y tienen que acomodarse a oírme. Reitero mi indicación de que si alguno de ustedes, hombre o mujer, pretendiera levantarse, chocaría contra la punta de una lanza, o, tal vez mi ayudante Brown dispararía. Y no quiero muertes violentas.

—¡Déjenos pues libres! Habla usted como un hombre decente, honorable, y es absurdo, puesto que es usted un inglés civilizado, retenernos, aquí contra nuestra voluntad.

—Las causas por las que están aquí, y por las que he tenido que tomar una decisión, muy en contra de mi propia voluntad, las comprenderán cuando les exponga lo que juzgo necesario decirles; por cuanto, como ha dicho usted muy bien, soy un ser decente y honorable.

Stanley Briggs hablaba pausadamente, como el catedrático que expone una lección difícil para los demás, pero sencillísima para él.

—Cierto que nací en Inglaterra, y me dediqué tempranamente a estudios relacionados con el mayor poder: el éter atmosférico. Trabajé hasta hace cuatro años en un laboratorio británico, ayudado por Brown, pero comprobé una triste verdad. Si persistía en perfeccionar mis descubrimientos en laboratorio civilizado, mi tarea, que, como toda tarea científica, debería ir encaminada al bienestar humano, sería empleada con fines bélicos de destrucción.

Los pasajeros del termorreactor escuchaban ávidamente. Iban serenándose, puesto que el que les hablaba era un hombre de aspecto comedido, un científico.

—Y precisamente soy un acérrimo defensor del bienestar humano. Pensé, pues, que siendo la guerra una maldición bíblica, la ciencia debía encaminar sus adelantos a la consecución de la paz. Pero esta teoría no podía progresar en un mundo acometido del miedo, agitado por turbios manejos, por afanes de imperialismo. Decidí, pues, con Brown, equipar una expedición, llevándome cuanto fuera necesario para instalar mis laboratorios en un lugar completamente fuera del alcance de espías, financieros y apetencias codiciosas.

Los mulatos permanecían vigilantes, y Brown seguía con las dos pistolas encañonando un posible avance de los que, sentados, escuchaban perplejos.

—Elegimos el Amazonas. Todo un continente vasto, con cientos y cientos de millas sin explorar. Conseguimos la amistad de un jefe arará, y pudimos instalarnos en esta colina, que fué la que me convenció como sede de mi laboratorio. Estos mulatos son gente asalariada. Y gracias a la vigilancia de ellos, y a la amistad de los ararás, durante dos años hemos podido trabajar tranquilamente. Son ustedes los primeros seres civilizados que sabrán que he llegado al término de mis estudios sobre el éter atmosférico. Si les estoy aburriendo con mis explicaciones, excúsenme, pero son necesarias para el eficaz entendimiento de cuanto tengo que anunciarles.

Ronald Kemper iba a protestar, pero su hija le acalló colocándose suavemente un dedo en los labios.

Stanley Briggs prosiguió

—El éter atmosférico es la materia primordial de la vida. Y como son ustedes profanos en la materia, no ahondaré, sino que, muy toscamente, les expondré la base de mis estudios. El aire ha sido creado para dar vida, y nuestros pulmones lo aspiran en grandes proporciones, imperativamente. Pero también el aire propaga miasmas, microbios... Juzgué que los aviones eran unos microbios más destructores que los bacilos de Kock Y al igual que otros beneméritos científicos ahondan en los estudios de la lucha contra bacilos y plagas, yo profundicé en el estudio del elemento que podía anular el microbio moderno: la guerra.

—Magnificó... —susurró a su pesar Evelyn Brenton—. Si lo ha logrado, señor Briggs, es usted un sabio que merecerá la gratitud humana.

—Error, señorita —dijo casi con pena Briggs—. Si yo estuviese en sitio civilizado y expusiera a unos periodistas lo que estoy explicándoles, miles de agentes del espionaje de todas las potencias se matarían entre sí para apoderarse de mis fórmulas y de los

diseños de mis aparatos. Miles de financieros interesados en el negocio guerra, tratarían de anular mis positivos triunfos. Por esto decidí experimentar particularmente. Y ya he triunfado.

—¿Cómo? —dijo Market.

—Infortunadamente ustedes viajaban a bordo del aparato con el cual, por tercera vez, he efectuado mi experimentación.

—¡Usted!...

—¡Los pilotos electrocutados!...

—Víctimas gloriosas, cuya muerte no es un asesinato, sino un holocausto para un futuro mejor. El principio en que baso mi rayo paralizador es sintéticamente sencillo. Me valgo del éter, del mismo modo que la telegrafía, la radio, la televisión. Pero lo que para su vulgar entendimiento, pudiéramos llamar mi emisora, la emisora de Briggs-Brown, se basa en el siguiente proceso: tiene un alcance voluntario, no superior al de la cuenca del Amazonas. Un avión que por esta zona pase, es detectado. Cuando su situación es favorable para mis fines, el éter es el vehículo por el que asciende hacia los mandos del avión una poderosa corriente que, infortunadamente, produce la electrocución de los pilotos. Al mismo tiempo, esta corriente actúa a modo de imantación, y el avión es atraído en planeo estabilizado hacia el lugar que yo pretendo; en este caso, una pista natural al este de la colina. Allí están los tres aviones, último adelanto de mis colegas aerotécnicos. Debo aclarar un punto.

Stanley Briggs hizo una pausa, complacido al verse escuchado con aquella enorme atención.

—Tengo un colega amigo, y que comparte mi teoría. Él me hizo saber la elaboración de un motor especial, que sería puesta en prueba en el trayecto Filadelfia-Río Janeiro. También haré yo saber que ningún perfeccionamiento evitará que mi rayo paralice flotillas en vuelo. Reuniré aquí adeptos, y día llegará en que sea imposible que estalle la guerra, porque al igual que el rayo paralizador actúa sobre los motores aéreos, puede aplicarse a submarinos, navíos, tanques, coches... ¡y personas!

El llamado Brown asintió gravemente a las palabras de su profesor.

—Un ejército combatiente no tendrá razón de ser, desde el momento en que una fuerza paralice sus pertrechos y hombres.

—¡Si es así, entregue usted su invento a su nación! —expresó Kemper.

—No. Soy muy inglés, pero ante todo odio la guerra. Mi invento en manos de cualquier nación podría inspirar a sus gobernantes el deseo de dominar el mundo entero. Yo lograré reunir aquí

científicos como yo, y laboraremos para la paz, notificando a todos los gobiernos que sus armadas, sus flotas aéreas, sus ejércitos, deberán ir suprimiéndose, porque aquel gobierno que desencadene una guerra será paralizado instantáneamente.

—Oiga, Briggs —dijo Kemper—. Sus planes son dignos de admiración, y, sinceramente, así se lo expreso. Pero yo, como ciudadano particular, le manifiesto mi deseo de irme. Además, no comprendo cómo siendo usted el dueño de esta factoría envió negros a cazarnos con lazo, como si fuéramos alimañas dañinas. Bastaba que Brown...

—Usted no se hace cargo, señor. En el Brasil, las desapariciones en la selva son un hecho tan corriente como los atropellos en Nueva York. Pero hay baqueanos, es decir, individuos especializados en descubrir pistas. Por ejemplo... Pero mejor será exponer las cosas cronológicamente, según sucedieron. Mi colega de Filadelfia me anunció que un termorreactor iba a realizar el vuelo hasta Río Janeiro. Ignoraba yo que a bordo llevase pasajeros. Cuando vimos caer los paracaidistas, estimamos que era una complicación imprevista. Si les dejábamos en la selva, podían ahogarse, podían ser víctimas de las fieras; y siempre dejan un rastro especial, qué los baqueanos saben descubrir. Aunque los restos de ustedes hubiesen sido hallados a muy lejana distancia de esta colina, un baqueano en Manaos o en el mismo Río podría declarar por briznas de hierba, por olores, por la mordedura del veneno, etc., el lugar exacto donde hallaron la muerte; y estos parajes, si son ustedes, como supongo, gente importante, podrían verse invadidos por gente que no considero bienvenida. Este motivo fué el que me hizo aconsejar a mi ayudante Brown fuera a recogerles, sin causarles daño.

—Agradecidos, Briggs. Y ahora, ¿cuándo nos iremos de aquí?

—No he debido explicarme bien. Precisamente sin más aclaraciones, debían comprender que si consentí en desvanecer sus posibles temores, explicándoles cuanto sucede, es porque ustedes no pueden regresar al mundo civilizado.

—¡Está usted loco, Briggs! ¡Loco de atar! —y Kemper, impulsivamente, se levantó abalanzándose.

Se detuvo, porque la punta de una lanza mordió su pecho. Retrocedió iracundo.

Stanley Briggs expuso:

—Ustedes permanecerán aquí. Yo no soy un asesino, aunque la prudencia aconsejaría eliminarles. Pero no lo haré. Permanecerán aquí, recibirán alimentos, libros, revistas, ropa, camas; en fin, las comodidades posibles. Pero no saldrán...

—Podemos jurar mantener silencio sobre sus descubrimientos, Briggs. Lo haremos.

—No puedo exponer años y años de estudios. La desgracia ha querido que ustedes viajasen en el tercer termorreactor. Lo siento. Tan contrariado estoy de darles una prisión hospitalaria como ustedes de verse por largo tiempo encerrados. Hable, Brown.

El hombre del rostro anguloso y duro dijo, mordiendo las palabras, sin dejar de encañonar con sus dos pistolas:

—No deseamos ejercer la menor violencia, pero les advierto que el menor intento de agresión contra alguno de los servidores mulatos que traerán ropas, alimentos y cuanto podamos suministrar, será reprimido severamente. Nuestra ambición es noble, y no podemos tolerar obstáculos. Den gracias a que el profesor Briggs es un hombre cabalmente bueno. Yo soy más fanático. Yo les daría una muerte insensible, gaseando esta cueva. Pero el profesor Briggs no quiere. Advertidos quedan. La menor violencia supondrá la muerte para quien la ejerza.

Stanley Briggs se había ya marchado. Los mulatos retrocedieron a la señal de Brown, quien, a su vez, desapareció. Cerróse la puerta.

A la vez, ellas y ellos, menos Clifford Market, prorrumpieron en comentarios de todas clases, excitados, incrédulos aún.

—No es posible...

—Está loco.

Hasta que Market impuso silencio, con un comentario :

—Briggs no está loco. A su modo, cree beneficiar a la humanidad, y para él, nosotros somos menos importantes que un bacilo. Y Brown ha hablado claramente. Intentar una fuga pondría en peligro nuestras vidas. Tenemos, pues, que resignarnos momentáneamente a esperar.

—¿Esperar qué? ¿Morirnos de consunción aquí dentro?

—No hay mal que cien años dure, Kemper. Peor hubiera sido tener que errar por la selva. Debemos ahora dar gracias por estar con vida, pensando en los dos pilotos y en la suerte de tantos extraviados en estas selvas que nunca volvieron a la civilización, corriendo una suerte horrible. Cálmense, y denle tiempo al tiempo.

—Usted es muy fácil de conformar, Márquez —barbotó Kemper—. Yo tengo asuntos pendientes en Río, por valor de millones.

—Los millones ahora, Kemper, son filfa sin valor.

Abrióse de nuevo la puerta. Entraron mulatos llevando hamacas, que fueron colgando de las paredes, y unas mantas, que amontonaron en el suelo. Sobre la mesa pusieron frutas, carne y un bidón de material plástico lleno de agua.

Cerca de la puerta, Brown — las dos pistolas en mano — vigilaba.

En pocos minutos terminaron los mulatos de acarrear varios cajones.

Volvió la puerta a cerrarse. En los cajones había utensilios de aseo, libros, en su mayor parte Históricos y científicos, telas vegetales, neceser de costura, juegos de naipes...

—Si no fuera trágico, sería grotesco —comentó Lester.

Casey Compton recogía del suelo las lianas con las que habían sido atados. Tendió varias desde la pared hasta un rincón de la mesa, en cuyo derredor aseguró el otro extremo.

Como una lavandera que tiende ropa, colocó encima de las lianas, dejándolas colgar, varias telas.

—Ayuda, Gail. Haz lo mismo al otro lado, y así tendremos dos compartimientos. Podrán ustedes asearse sin ofender su pudor. Dice bien Márquez, hay que acomodarse; y el tiempo dirá.

—Sin desesperar, Kemper —dijo Market—. Pueden suceder muchas cosas. Que investigadores buscando la desaparición de los aviones encuentren esta colina...

—Es posible. Bien... Ocupémonos en algo. Cada cual puede construirse un compartimiento aislado. No me agrada dormir en grupo.

En silencio, acongojados, con pensamientos luchando entre la incredulidad y la forzosa evidencia, los siete fueron formándose unas cabinas aisladas por dianas, telas y cajones, dejando en cada cual la hamaca tendida.

Cenaron solos. Y fue Market el primero en apagar la linterna. Los demás fueron haciendo lo mismo.

En la total obscuridad, cada cual pensó en su extraño destino.

Y pasaron los días. Todos procuraban no hablar de su situación.

Y cuando Clifford Market trazó con un lápiz la sexta raya sobre las cifras que en la pared le servían de calendario, y se disponía a echarse en la hamaca, alzóse un extremo de la tela y en su compartimiento entró Evelyn Brenton.

—Hola, Evelyn. Cuando salga de aquí podrá escribir un reportaje sensacional que la hará millonaria.

—He venido a decirle algo importante, Carlos.

—Vamos a ello. Siéntese, y sírvase un vaso de agua.

—No pierde usted el buen humor.

—Es el único recurso que hace aguantar.

—¿No ha pensado usted en huir?

—Sí; pero no veo el modo. Luchar contra la nube de mulatos y

las pistolas de Brown es algo que puede intentarse, pero después queda la selva y los indios arará.

—Pero si pudiera huir, ¿lo intentaría?

—Naturalmente.

—Yo soy observadora, porque es elemento necesario en la profesión que elegí.

—Yo supuse que para su profesión bastaba ser bonita, como lo es, y amable.

—Esta sala es una cueva natural. No hay ventana; sólo una puerta cerrada herméticamente. Todos ustedes han recorrido con las manos las paredes buscando algún orificio. No lo hay.

—¿Y bien?

—Sin embargo, respiramos. ¿Cómo?

Clifford Market entornó los párpados.

—Cierto. Respiramos.

—Por algún sitio debe entrar el aire. ¡Mire!

Señaló ella el abovedado techo. No se veía más que roca lisa.

—Allí, precisamente encima de su compartimiento, Carlos, he visto yo vibrar un pedazo de techo. Y he deducido que hay una tela encubriendo una oquedad que, comunicando con una galería o con el exterior de la cima de la colina, airea esta sala.

—Es verdad. Del suelo a este techo hay cuatro metros, como mínimo. Pero con la mesa... Lester y Kemper abajo, sobre la mesa. Compton encima de ellos dos, y yo encima de Compton, podría...

—¡Eso es!

—Si realmente es así, y allá está el respiradero, deberá haber sin duda alguna un centinela apostado en el otro lado. Pero puede intentarse. Vamos a intentarlo.

Salieron ambos del compartimiento, y llamó Market:

—Kemper, Compton, Lester...

Acudieron los tres, y también Dalila y Gail.

Explicó Market cuanto acababa de exponer Evelyn Brenton.

—Vamos a ello —dijo Kemper—. Más vale correr un riesgo que estar aquí encerrados. Mi hija está cada día más desesperada..., y me temo que un encierro prolongado producirá...

—¡A ello, Kemper!

Encaramóse sobre la mesa Dude Lester, y a su lado se colocó Kemper. Izóse sobre los hombros de ambos Casey Compton...

La puerta se abrió, y Brown, pistola en mano, dijo:

—Esperaba este intento. Advierto que, si vuelven a intentarlo, cerraré el respiradero y morirán ustedes asfixiados.

—¡Criminal insensato! —bramó Kemper, corriendo hacia la

puerta.

Clifford Market corrió, gritando:

—¡Quieto, Kemper, quieto!

Logró contenerle, asiéndolo por los codos, cuando ya Brown apuntaba fríamente hacia la frente del millonario.

—Son ya muchas las contemplaciones que les tengo, por orden del profesor Briggs. No abusen.

Y Brown cerró la puerta. Cada cual regresó a su compartimiento. Oyéronse los sollozos partiendo de las hamacas de Gail Vandorf y Dalila Kemper.

Crispados los puños, oía Market las imprecaciones furiosas de Kemper desahogándose. No había más remedio que esperar, esperar... Y presentía que de durar mucho la espera, alguien volveríase loco.

Y pensaba en Dalila Kemper.

## CAPÍTULO VIII

La raya dieciséis cruzaba una cifra del calendario de pared junto a la hamaca de Clifford Market, quien dormía profundamente.

En aquellos dieciséis días habían sucedido novedades. Después del fracasado intento de fuga por la claraboya alta, cuya parte inferior tamizaba el aire a través de una tela del mismo color que la roca, los dos Kemper no aparecían para nada.

Recogían las comidas y el agua cuando en la mesa no había nadie. Gail Vandorf vivía conjuntamente con Casey Compton y Dude Lester.

Evelyn Brenton leía, cosía y comía en compañía de Market.

Una expresión de salvaje descuido iba imprimiéndose en los semblantes de Compton, Lester y Gail Vandorf. Iban semidesnudos, huidizas las miradas.

Y cierta noche, acechando, sorprendió Market a través de una rendija de sus telas, a la bellísima Dalila Kemper yendo a recoger la fruta, pescado y carne, así como los jarros de agua.

¿Dónde estaba la arrogante heredera del “Independence Hall”? Era ahora una desmelenada muchacha, con ojos de locura incipiente, de caminar felino...

Algo despertó a Market, el que más luchaba contra el embrutecimiento. Todo estaba en tinieblas, y, sin embargo, él sentía obscuramente una presencia humana aproximándose.

Algo movíase, pero no en sentido horizontal, no procediendo del exterior ni de la mesa.

Sus ojos, acostumbrándose a la obscuridad, vieron que algo largo oscilaba suavemente bajando del techo...

Incorporóse, sintiendo un frío sudor en las sienes... Pensaba en la anaconda, las boas, o en algún monstruo ignoto.

Crispó los puños y de pronto distendióse.

Una liana colgaba del respiradero, y por la liana iba descendiendo ágilmente un cuerpo esbelto, ambarino, tostado por el sol, pero de piel blanca natural.

Una mujer.

Llevaba los pies desnudos así como las piernas. Un faldellín de fibras vegetales y un breve corpiño del mismo tejido rodeaba la parte central de su busto.

Sus cabellos eran larguísimos, llegándole negreantes hasta las corvas. Sus ojos relucieron cuando, al tocar el suelo, aplicó sobre sus labios un índice conminando silencio.

Señaló la liana. En derredor todos dormían... Volvió ella a trepar hacia arriba, y, tras ella, Clifford Market, sin pedir explicaciones, asióse a la liana.

Fué subiendo lentamente a fuerza de pulso, para no hacer ruido, asiéndose con las piernas.

Su cabeza llegó al respiradero, donde habían apartado la tela. Maquinalmente miró su reloj, del que nunca separábase.

Marcaba las dos de la madrugada del día 31 de octubre de 1950.

Emergió los hombros, y, apoyándose en las manos, izóse hasta quedar sentado. Miró en derredor, cerrando los ojos porque le cegaba la luz lunar. Volvió a abrirlos.

Estaban en la cúspide de la colina, en el centro de un claro del bosque. A tres pasos yacía un mulato, amordazado y atado.

La mujer misteriosa hizo una señal, y él acudió junto al tronco donde ella reclinábase.

La pudo ver bien, a la claridad lunar. Negros cabellos, negros ojos, finos rasgos, roja boca saludable, blancos dientes, miembros esbeltos, pero prietamente modelados... No tendría más allá de veinticinco años.

Ella susurró, en un inglés muy defectuoso:

—El centinela no es relevado hasta las seis mañana. Yo ser portuguesa. Me llamo Irasema de Cunha...

—¿Habla español?

—¡Oh, sí, gracias! Mejor así. Usted quiere huir, sus compañeros quieren huir, y yo también quiero huir.

—¿Brown?

—Duerme. Mucho —sonrió ella aviesamente, casi con maldad.

—¿Briggs?

—También.

—¿Los mulatos?

—Sólo a las seis vendrá uno aquí.

—Entonces... dígame, Irasema..., y ya nada me extraña, ¿quién es usted, qué hace aquí, por qué...?

—Sola no podía huir. Mi historia le podrá parecer algo extraña, pero sus principios fueron narrados en los periódicos brasileños.

Lo que narró Irasema de Cunha era en sus principios un hecho banal en el Brasil, como había dicho el profesor Stanley Briggs.

Un diario publicó solamente tres líneas, un día del mes de enero de aquel año.

“Tres personas, dos hombres y una mujer, que se aventuraron en la selva occidental, en la región del Coarí, han desaparecido.”

En el Brasil, era aquella noticia, un hecho corriente, como, en París un ahogado en el Sena. Tres líneas en los periódicos y el incidente queda olvidado.

Fué olvidado hasta que los cadáveres de los dos hombres fueron hallados en las márgenes del Coarí, acribillados a flechas.

Y los periódicos dijeron:

“Se hacen toda clase de conjeturas sobre la suerte de Irasema de Cunha, institutriz de Belem, que los acompañaba.”

Perteneciendo a una de las mejores familias de Belem, importante centro del Brasil septentrional, Irasema tenía veinte años cuando acabó sus estudios y enamoróse.

El noviazgo fue corto, y también la vida conyugal. Un mes después de su boda quedábase viuda.

En otro siglo, se hubiera enclaustrado en un convento. Prefirió exilarse en una explotación de una “fazenda” en los límites de la Gran Selva.

Durante tres años consagróse a la educación de los hijos de los “seringueros”, los plantadores de hevea. Pero juzgaba que estaba aún demasiado cerca de la civilización.

“Intentaré entrar en contacto para educarlos con los indios ararás”, escribió a sus padres.

No la tomaron en serio. Irasema podía continuar inconsolable por la muerte de su esposo pero no hasta el punto de que pensara suicidarse de aquella manera.

Los indios ararás no gozaban de buena reputación. La sola cosa que de ellos se sabía con certeza era que formaban una pequeña tribu, extremadamente belicosa.

Era para ellos un imperativo de pundonor el matar a los escasos blancos que por sus contornos se extraviasen, y también a los indios de otras tribus que pretendieran acampar cerca de sus chozas.

—Yo iba acompañada por dos exploradores. De pronto cayeron acribillados por flechas. Los ararás surgieron, y yo me desmayé — fue explicando tranquilamente la viuda de Belem—. Los ararás no matan a los niños ni a las mujeres, porque no les temen. Después de haberme capturado, fui conducida a una choza y abandonada allí, con los tobillos atados. No me molestaron. De vez en cuando, me

traían un hervido de maíz, pescado quemado sobre piedras y carne asada. Platos no despreciables, si las cocineras ararás utilizasen sal, pero era un condimento desconocido por ellos.

Siguió explicando que al cabo de unos días, impaciente ya, quitóse las ligaduras y salió de la choza.

Nadie se extrañó, y la dejaron ocuparse en pequeños quehaceres, ayudando a las mujeres. Y así empezó a convivir con ellas.

Pudo empezar a aprender el dialecto arará, y pudo enseñarles, por ejemplo, que sus métodos de trabajo no eran adecuados, por lo que a siembra se refería.

Contentábanse con esparcir las semillas al azar y esperar que la naturaleza hiciera el resto, con lo cual aquello era un paraíso de banquetes para los pájaros.

A regañadientes, siguieron sus indicaciones, abriendo surcos y cubriéndolos con tierra. A los tres meses, la espléndida cosecha de maíz hizo que los ararás considerasen genial a la mujer blanca.

Y la admiración convirtiéndose en delirio de entusiasmo y veneración cuando, gracias al *crawl* que practicaba en Belem, Irasema de Cunha ganó en el río a los mejores nadadores de la tribu.

Los ararás empezaron a llamarla “Taxuaua Yara”, la diosa de las aguas.

—Eran buena gente. Los educaba yo, y comprobé que fundamentalmente eran buenos. Y casi más les valía su primitivismo.

—Habla usted de ellos en pasado.

Cerró ella los ojos, como dolorida al recordar.

—La tribu componíase de unos cien seres. Y un día, hace dos meses, nadando sola, vi de pronto a un blanco, que me miraba con ojos de codicia. Pretendí huir, pero él cogióme entre sus brazos. Era James Brown.

—Ya.

—Los ararás acudieron, y yo no comprendí lo que sucedió. James Brown iba a bordo de una canoa de motor, donde a sus cuatro costados había un aparato que parecía un reflector. Tras ellos, había mulatos. Cuando los ararás llegaron, oyendo, mis gritos, los reflectores ilumináronles en plena noche. Se quedaron como fulminados por un rayo. No podían moverse. Y así estaban, inmóviles, mientras James Brown reía sin maldad, satisfecho, como el hombre que aplica un bálsamo.

Suspiró ella.

—Llévome en la canoa. Me explicó que los ararás no podían

moverse antes del amanecer. Yo grité, diciéndole que ello suponía para ellos la muerte, porque de noche, inmóviles en la selva, morirían atacados por las fieras y las serpientes. Me desmayé. Y cuando recuperé el sentido, estaba en una cueva parecida, aunque menor, a la que usted le acogió. James Brown me dijo que estaba solo, que necesitaba mujer, que nos casaríamos...

Cerró ella de nuevo los ojos.

—No tuve más remedio que aceptar mi nueva suerte. Y poco a poco, él creyó en mi amor. Cogió confianza. Yo vi los tres aviones aterrizar en la explanada aquélla. Supe que había siete blancos prisioneros. Dije que tenían suerte de escapar de la civilización. James Brown y Stanley Briggs son dos fanáticos que me creyeron discípula. Esta noche, cenando con ellos dos, les puse adormidera en sus bebidas. Y ahora, usted dirá.

—Indíqueme cuántos mulatos hay.

—Durmiendo en la orilla, veinte. En la pista de los tres aviones, otros tantos. En aquel almacén, treinta.

—¿Armas?

—En la choza de Brown hay las que les recogieron a ustedes. Pero confío en usted. No quiero mueran Brown ni Briggs.

—Los reflectores que paralizan, ¿dónde están?

—En la canoa-motor. Muy veloz. Con ella, los mulatos y Brown van a los poblados. Puede llegar hasta Belem o Río. Es anfibia, y sus ruedas sirven para salvar los trechos donde hay rápidos remolinos y cataratas.

—¿Cuántos vigilan la canoa?

—Ahora, dos mulatos adormilados.

—¿Podemos llegar hasta la choza de Brown?

—Sí.

—Guíeme.

Ella se levantó, deslizando su mano en la diestra de Market. Dijo, con una sonrisa:

—Tuve confianza en usted. La otra noche le vi. Usted es distinto, es de otra clase. Se le percibe la distinción racial del intrépido.

Iban descendiendo por entre árboles, hasta que llegaron a un *bungalow* con galería y telas metálicas.

En una hamaca, James Brown dormía hondamente. Buscó Market con la mirada hasta hallar lianas. Procedió a atar sólidamente al dormido. Entró en otra sala donde, colgando de la pared, vió su pistola y las de Compton y de Lester.

Fué colocando las tres armas, con sus largos cargadores y su tubo silenciador, en su cinto. Recogió el rifle de Brown, y vació los

cargadores de las dos pistolas que el narcotizado llevaba al cinto.

—Después dijo:

—¿Briggs?

—Aquel *bungalow*.

—Después. Ahora a la canoa.

Ella fué deslizándose hasta que fué perceptible el rumor del río.

La luna iluminaba la canoa, en cuya cubierta había dos mulatos durmiendo en sus hamacas. En la orilla, otros tantos, en sendas hamacas, dormían. Había fogatas formando barrera defensiva.

Quitóse Market las botas. Y, desnudos los pies, señaló a la portuguesa que se quedase donde estaba.

Codos y rodillas sobre la arena, fué deslizándose hasta que llegó a la pasarela que daba acceso a la larga canoa, semejante a un pequeño yate. Divisó los cuatro “reflectores”... A proa, popa, babor y estribor, alzaban sus redondas estructuras. Aproximóse a una hamaca y pegó fuertemente un culatazo en la sien de un mulato, saltando a la otra para hacer lo mismo.

En la orilla, un mulato movióse, inquieto...

Corrió. Market a parapetarse tras un reflector.

Fué mirando los distintos componentes, hasta encontrar la manivela con dos botones.

Dirigió el redondo lente, de medio metro de radio, hacia las veinte hamacas de la orilla. Apretó los dos botones. Un haz luminoso, sin ruido, recorrió las veinte hamacas. Después, a los dos yacentes de la canoa...

Dejó de apretar la manivela, y cesó la luz azul. Saltó a la orilla. Y a dos pasos de una hamaca, llamó:

—¡Eh, tú, chocolate!...

No movióse el interpelado. Clifford Market sentía la euforia del triunfo.

Regresó donde se hallaba Irasema de Cunha.

—Libertaré ahora a mis compañeros. Con ellos, podré transportar esos reflectores hasta los otros dos sitios donde hay mulatos... Usted quédese aquí, Irasema.

Corrió hacia la cumbre. Poco después, bajaba aceleradamente por la claraboya, liana abajo. Llamó:

—¡Kemper!, ¡Compton!, Lester! ¡En pie, todos! Despiértense... No pregunten. Vamos a huir...

Gruñidos, desperezos, encender de linternas y, por fin, Ronald Kemper exclamó:

—¡Está loco, Market!

Clifford Market derribaba las telas, sacudía a los durmientes,

excitado, gozoso.

—Tome su arma, Compton, y usted la suya, Lester. Por la liana ésta, saldremos arriba. Después regresaremos a por ustedes, Kemper y señoras. ¡Libres! No pregunten nada. Hay que actuar deprisa. ¡Vamos, Compton, y usted, Lester, síganme!

En su contento, Clifford Market, antes de asir la liana, besó en la mejilla a Evelyn Brenton.

Ascendió por ella, y detrás siguieron Compton y Lester, enfebrecidos. Desde lo alto, dijo Market:

—Quédense ahí con ellas, Kemper. En seguida les izaremos. No salgan, porque podrían correr peligro.

Atrajo hacia arriba la liana, que enrolló alrededor del respiradero.

—A la canoa, amigos. Paralicé ya los mulatos centinelas. Pero quedan otros cincuenta allá al otro lado. Tenemos que transportar los reflectores. Con dos bastarán. Tienen la base atornillada en cureñas sobre la canoa.

Los dos pistoleros seguían corriendo, sin entender, pero libres, al que llegó a la orilla y saltó a bordo de la canoa.

Los mulatos yacían inmóviles en sus hamacas... Agachado, Market empezó a estudiar los pivotes de las bases de los reflectores. Apareció Irasema.

—No es preciso desmontar los reflectores —dijo ella—. Con la canoa puede llegar tras la colina, donde están los otros.

—Pero el motor...

—Les haré salir creyendo que es Brown.

—¡Suban ustedes! —dijo Market.

Compton y Lester subieron. Lester dijo:

—Buena canoa, Márquez. Puedo conducirla.

—Instálese, pues, al volante. Usted, Compton, quédense en la cabina con la señorita, gracias a la cual nos hemos salvado.

—¿Y Brown, y el otro?

—Después contestaré.

Roncó el motor. Ningún mulato movióse.

—Hacia allá —dijo Irasema—. Yo les diré dónde están los hangares.

Clifford Market, tras el reflector de estribor, veía desfilas la orilla. Y apenas giraron la curva vieron la explanada con los tres aviones termorreactor.

Dos caserones de los que surgían los mulatos, despiertos por el motor de la poderosa canoa anfibia.

Cuando estuvieron cerca de la orilla, y tras haber dicho Market:

“No disparen, no disparen”, una luz invadió la orilla, recorriendo veloz a los iluminados mulatos, que fueron adquiriendo una completa inmovilidad grotesca, como de estatuas petrificadas.

—¡Cristo! —murmuró Compton, asombrado—. ¡Instantáneo!

—Vire, Lester; vire.

La canoa en el río trazó su viraje entre espumas en penacho.



*Briggs iba a lanzar una granada de mano.*

—Este invento vale millones —dijo suavemente Compton.

—¡Cientos de millones! —gritó Lester, enardecido, dominando con su voz la estridencia del motor.

La canoa llegaba ya al sitio primitivo, donde estaban también las lanchas de los mulatos.

—¡Cuidado, cuidado! —chilló Irasema al cesar el ruido del motor, ya detenido.

Dejóse caer cuan largo era Clifford Market. Una ráfaga de balazos fué crepitando, haciendo saltar en trozos los gruesos cristales de los reflectores.

—¡Al agua, Irasema! —gritó Market.

Parapetado tras una canoa, en tierra, alzaba Briggs una mano donde había una granada de piña, cuyo mango agitaba...

—¡Dispara, Casey! —gritó Lester.

Casey Compton apuntó hacia el brazo del profesor Briggs. A la vez, saltaban por un lado al agua la portuguesa, mientras a tierra lo hacían Market y Lester.

Disparó Compton atinando en el brazo de Briggs, pero éste había ya lanzado su granada... Corrió alocado Compton saltando de la canoa.

Una explosión enorme levantó el agua, zarandeó el viento, y la canoa se hizo pedazos por los aires, retumbando fragorosa la expansión de la bomba.

La onda explosiva arrojó de bruces contra la arena a los tres. En pie, Stanley Briggs corría floresta arriba...

—¡Allá, va! —dijo Lester, recuperándose—. ¡Mata, Compton! Hay que...

Corría ya Market tras la fugitiva silueta de Briggs, que acababa de penetrar en una galería.

Le oyó gritar antes de desaparecer:

—¡Nadie poseerá mi rayo azul!

Cuando llegaba Market a la entrada, un fogonazo le hizo tenderse al suelo. Otra enorme explosión derrumbó la galería...

Cuando el polvo cesó de revolotear, y el ruido estruendoso se aplacó propagado por el eco, levantóse Market.

Comprendía...

Stanley Briggs había provocado la explosión, destruyendo su aparato que dominaba los motores de avión, igual como había destruido sus reflectores.

Posiblemente, la dormidera vertida por Irasema, o no había influido en Briggs, o éste no había bebido.

Sentía lástima por la pérdida de los dos inventos, y por la muerte de Stanley Briggs...

A su lado, dijo Compton:

—¿Qué sucedió?

—Destruyó todo lo que valía estos cientos de millones que decía Lester. Usted, Lester, vaya a sacar de la cueva a los otros...

—Un momento. ¿Y los mulatos?

—Estarán paralizados horas y horas. Hundiremos sus canoas, reservándonos sólo tres, y con ellas remontaremos Juruá arriba hasta Manaos. Vaya a tranquilizar a los otros.

—¿Pero se resigna a perder millones? ¿Qué hay de Brown?

—Está narcotizado.

—¡Magnífico!

—¿Por qué?

—Él es el ayudante de este loco que se ha hecho saltar con sus endemoniados aparatos. Brown nos dirá las fórmulas de fabricación, ¿verdad, Compton?

—No hablará.

—¡Bueno! ¡Vaya necesidad, Márquez! ¿No, Compton? Conozco yo medios para hacer hablar a un mudo. Bastan unas gotas de licor en las pupilas; por ejemplo, un poco de “pippermint”.

—No habrá necesidad de tormentos, Lester —dijo duramente Market—. Si quiere, Brown hablará. Vamos a verle.

Cuando llegaron junto a la hamaca, un furor indescriptible sacudió los puños de Dude Lester.

—¡Lo mató, imbécil! —dijo, agitando sus puños frente a Market.

—Calma, Lester —conminó Compton—. No fué Márquez, sino Briggs. Cuando vió que estábamos en la canoa, sólo pensó en salvar sus descubrimientos; y a su modo, el salvarlos suponía destruirlos. Y tenía que destruir a Brown. Mala suerte.

Del agua chorreante salía Irasema de Cunha.

—Vete a sacar a los otros, Lester. Mientras, Márquez y yo hundiremos las canoas para evitar que, al volver a su normalidad, los mulatos nos persigan. Habrá también que dar suelta a los caballos. Llevaremos algunos con nosotros, ¿no, Márquez?

Dude Lester se alejaba imprecando en voz baja. Había visto esfumarse millones...

Tres canoas quedaron a flote, mientras las otras se hundían. Eran largas y provistas de una lona. Daban cabida a diez personas, teniendo un toldo pajizo en el centro a modo de cabina.

—Provisiones a bordo, y con las armas llegaremos antes de dos días a Ponte Boa, de donde cualquier barco nos llevará a Manaos, y de allí en avión a Río —comentó Market.

En la orilla, durante minutos tuvo que estar explicando a Kemper y a las mujeres lo sucedido. Presentó a la portuguesa, artífice de su salvación.

Ronald Kemper rió, estremecido de placer deleitoso:

—¡Bravo, Ira! Le firmaré un cheque por medio millón. El otro medio, para Márquez, que lo llevó todo bien.

—Si yo salgo, hubiese cogido los inventos —dijo Lester, ceñudo.

—O Briggs le hubiera inutilizado.

—Briggs debióse despertar cuando pusimos en marcha el motor.

—¿Por qué no, lo paralizó con su otro aparato?

—No tenía tiempo. Corría riesgos...

—¡Vamos, padre! —sollozaba sin cesar Dalila Kemper—. Esto es horrible. Aquellos negros durmiendo... ¡Vámonos!

—Distribuya la gente, señor Márquez —dijo alborozado el millonario, que aceptó el rifle que le tendía Market—. Usted es el organizador, y obedeceremos. Ya no hay miedo ahora. En el río y con estas armas, no hay fiera ni indio que nos ataque. Además, estos toldos pajizos nos protegerán.

Irasema había aceptado el vestido que Evelyn ofrecíale. Habían ido donde estaban los tres aviones, y, ayudadas por Lester y Kemper recogieron los equipajes, que ahora cargaban las tres lanchas.

Instintivamente, Irasema y Evelyn se colocaron a cada lado de Clifford Market, mientras Gail Vandorf enlazábase a Casey Compton.

—En la primera lancha iré con Evelyn e Irasema —dijo el agente del C. I. A.—. Usted, Kemper, con su hija, y Lester, para maniobrar, en la del centro...

—¡Yo voy con Compton y Gail! —dijo Lester, desdeñoso—. ¡Aquí sobra una lancha! La podemos llevar a remolque. Meta usted en su lancha a los Kemper.

—¿Por mí no hay inconveniente, Márquez —dijo Kemper—. Iremos mejor en su compañía. Le ayudaré en la maniobra.

—Bien, como quieran. ¿Qué hace usted, Lester?

Rabioso, Dude Lester aplicaba el cañón de su pistola sobre la sien de James Brown, en su hamaca. Disparó varias veces consecutivas.

—¡Esto era bestialmente innecesario! —bramó Kemper.

—Cállese, viejo, o le atizo... —gruñó Lester—. Hemos perdido millones y días de vida por culpa de estos imbéciles.

—¡Calla, Lester, y sube a bordo! —ordenó Compton—. Te estás portando como un niño tonto. ¡Anda, a bordo, y tú también, Gail! ¿Vamos delante o tras usted, Márquez?

—Atrás.

Fueron subiendo a las dos lanchas. El curso del río seguía en deriva hacia el Norte. No hacía falta lona tendida si no soplaba viento. El mismo curso remontaba el Juruá. Las dos lanchas cogieron brisa y alejéronse de los dominios de Stanley Briggs.

Clifford Market había tardado en regresar, mientras los otros se acomodaban en las lanchas. Había ido a la pista de aterrizaje, donde prendió fuego a los tres aviones rociando con gasolina sus motores. No podía pilotar ninguno de ellos, que precisaban catapulta de lanzamiento.

El resplandor del incendio vióse cuando ya las lanchas estaban

lejos.

—¿Qué sucede? —preguntó Kemper, junto a Market.

Bajo la cabina estaban las tres mujeres.

—Prendí fuego a los tres motores.

—Bien hecho, muchacho. Oiga, usted es un tío muy simpático, con una cabeza despejada. Piensa en todo.

—Gracias.

—Allí dentro fue el único que se portó como un hombre. Los demás nos íbamos convirtiendo en bestias.

—Usted no. Usted estaba preocupado por su hija.

—Temía que se volviese loca. La pobre está mal acostumbrada. Ser hija de millonario no es sano. Yo empecé de minero... En fin, me gustaría que usted hiciera migas con Dal. Un yerno como usted me encantaría, en vez de los lechuguinos acostumbrados. Duerma, Márquez, que yo atenderé vela y timón.

Tendióse Márquez al lado del millonario. Iba evocando los recientes sucesos.

Y de pronto se incorporó. La linterna iluminó su semblante, crispado, lívido, de labios temblorosos...

—¿Qué le pasa, Márquez.

—Nada. Un sobresalto nervioso.

—Natural. Después de lo ocurrido... Descanse, muchacho.

Volvió a tenderse Market. Pensaba ahora en una frase y en un gesto de Dude Lester.

La frase con referencia a que no iba a hablar James Brown.

“Bueno, vaya necedad, Márquez, ¿no, Compton? Conozco yo medios para hacer hablar a un mudo. Bastan unas gotas de licor en las pupilas; por ejemplo, un poco de “pippermint”...”

Y los cuatro balazos en la sien del cadáver de James Brown...

## CAPÍTULO IX

Dude Lester murmuró:

—¿Y qué ahora, Compton?

—¿Qué?

—Pronto llegaremos a Fonte Boa, según el plano éste. Cogemos barco para Manaos, y de allí, avión. Nuestro plan primero era en Río secuestrar a Dalila y decirle al padre que nos largase un millón. ¿A qué esperar a Río?

—Esta noche llegaremos a unos cien kilómetros de Fonte Boa. Será el momento. Tú quedarás con Dalila, y yo iré con el viejo, que cuando me entregue el millón...

—No.

—¿Por qué?

—Recuerdo a los siete que quitamos de en medio en...

Gail Vandorf abrió los ojos, sorprendida. Miró a los dos. Casey Compton forzó una risa.

—Tonterías, Dude. Tú no eres de la clase de aquéllos.

—Te irías con el viejo y nos dejarías aquí, largándote con el millón. Las cosas claras, Compton. Igual que te cargaste a los siete del asalto...

—Calla, imbécil —gruñó Compton, sentado junto a la escota de la vela.

Gail Vandorf miróles de nuevo.

—¿De qué habláis?

—Hay que arreglar el negocio sin fallos, Compton. Tumbo a Márquez esta noche, porque podría entremeterse, y dejo a las chicas atadas. Gail te quiere. Se va con el cheque del viejo, o con el viejo, y ambos volverán, seguro. Ella porque te quiere, el viejo porque quiere a su hija. Y un millón para cada uno de nosotros no es nada, después de todo lo que acaba de pasar.

—Desde la lancha es mal asunto.

—Aquí, ya no habrá peligro. Estamos cerca de zonas pobladas. Podemos pretextar una avería. Se paran ellos arrimando a tierra.

—Sería mejor en Río —dijo Gail Vandorf.

—Tú a callar —conminó Lester.

—A mí no me hables así, Dude.

—Paz en el corral. Vinimos a por un rescate, y la idea de Lester

no es mala. Pretextamos una avería, atracamos junto a la orilla, y después proponemos el asunto. Tú, Gail, vas con el viejo a recoger el dinero y volvéis a Fonte Boa. En seguida que tengamos los dos millones nos iremos hacia el Perú, de donde será fácil esfumarnos camino de Australia.

—De acuerdo, Compton. Las cosas claras. Esta noche...

—No hay que dispararle a Márquez.

—¿Por qué no?

—Si el viejo ve que matamos fácilmente, volvería con la Policía. Hay que proponerle la cosa como un negocio. Déjame a mí.

En la lancha, que remontaba el río a unos cien metros, bajo el cañizo dormían las tres mujeres. El sol batía de pleno sobre la cubierta.

Ronald Kemper y Clifford Market protegíanse con la misma lona tensa. Soplaban un fuerte viento en aquel primer día de noviembre.

—¡Qué aventura, pero qué aventura!... No habrá quien la crea, Carlos. Parece un delirio.

—Hoy nada es delirio. La ciencia corre alocada hacia la destrucción del mundo.

—Un panorama encantador. Oiga, Carlos: desde anoche le veo a usted raro, inquieto... Precisamente ahora que vamos camino de la civilización. ¿Se le contagió el fanatismo de Briggs, el pobre?

—¿Hace tiempo que conoce a Compton y Lester?

—No. Me los presentó Gail a bordo del avión. A ella sí que la conozco bien. ¿Por qué?

—Tal vez pronto se lo pueda aclarar.

Atardecía; cuando de la lancha de atrás partieron voces.

—Recoja la lona, Kemper. Parece que les pasa algo.

Atrás, Compton hacía señales, mientras la lancha acostaba hacia la anchurosa orilla. La selva iba aclarándose.

—¡Vía de agua! —clamó Compton—. ¡Ayuden!

Saltaba a la playa, mientras Lester, con un remo y arriada la vela, maniobraba para no encallar echando a la vez el ancla.

Corrió Compton hacia la lancha, donde ya Kemper y Market maniobraban al igual que acababa de hacer Lester.

Salían del cañizo toldilla Evelyn Brenton, Dalila Kemper e Irasema. Casey Compton manifestó:

—Hemos rozado algo y entra agua. ¿Puede ayudar, Márquez?

—Es posible. Vamos allá.

Saltó a tierra encaminándose hacia la otra lancha.

Casey Compton subió a bordo y llegóse junto a Kemper.

—Tenemos que hablar de un negocio, Kemper.

—Tiempo habrá en Río. Ahora vayamos a ayudar a Márquez.

—No se mueva, Kemper, por lo que más quiera. Lamentaría sucediese un incidente deplorable.

Ronald Kemper arrugó las peludas cejas, mirando fijamente al que frente a él seguía siendo encarnación de la melancolía.

—Debe usted resguardarse el cráneo del sol porque aun en noviembre por aquí pega el sol.

Dalila Kemper se acercaba, mientras las otras dos muchachas, a popa, miraban hacia la otra lancha.

—Estoy arruinado, Kemper, y mi socio y yo queremos un millón. Usted nos lo va a dar. Permanezca quieto porque correría peligro su querida Dal.

Ronald Kemper adelantó un puño en gancho rápido hacia el estómago de Compton, pero antes de que lograra conectar el puñetazo, contra su sien había chocado la diestra cerrada en rededor de una culata de Casey Compton.

—Sin chillar, Dal, o las pasará mal tu padre. Acércate más...

Mientras, Clifford Market, aproximándose a la lancha, seguía pensando en la torturante idea. No era posible aquella coincidencia... ¿Por qué el asesino de su hermano iba a ser Lester?

Otros habría que emplearan un licor de menta para obligar a hablar. Y también que llevados de un impulso rabioso, de fracasada ambición, apretaran un gatillo encañonando una sien...

—¿Qué sucede, Lester?

—Creo que hay una vía de agua. Suba.

En el interior del toldo de cañizo, Gail Vandorf, temblaba nerviosamente.

Clifford Market subió a bordo.

—Creo que está a babor el rasguño, Márquez.

—Tiempo tuvo de verlo. Basta con fijarse donde entra el agua.

—Vea usted mismo. Aquí.

Y Dude Lester, según su plan, indicó la borda izquierda para que por ella se inclinará Market.

El agente del C. I. A., a su lado, dijo:

—No veo la vía de agua, Lester.

—Porque achicamos. ¡Vea, hombre!

—Me basta con verle a usted, Lester, Tiene unos ojos poco viriles, pese a toda su estatura y músculos. Ojos de mujercita traidora. No me gustó desde el primer momento.

Rió Lester, falsamente jovial.

—Tampoco usted me gusta. Prefiero a Gail. ¿Echa o no un vistazo y una mano?

Clifford Market, entre dientes, murmuró:

—Quiero darle recuerdos de alguien muy íntimo.

—¿Qué majadería...?

—Recuerdos del agente del F. B. I. Patrik Market.

En cubierta, Ronald Kemper yacía sin sentido. A su lado, arrodillada, sostenía su cabeza Dalila Kemper.

Casey Compton, con la pistola en el bolsillo, llamó:

—¡Evelyn y usted! Vengan.

Acudieron las dos, presurosas, al girarse y ver en el suelo de la lancha a Kemper.

—Quietas y sin gritar, niñas. Al primer chillido habrá plomo. ¡Sin chillar! Van a hacer lo que les digo y nada pasará. Es un negocio. Kemper tiene unos millones, y yo necesito dos. ¡Usted, Evelyn, coja las lianas y ate a Kemper!

Iba ella a protestar, pero la fría y triste expresión de Compton y su bolsillo hinchado apuntando, la atemorizó.

—Usted, portuguesa, ate a Dalila. ¡Pronto! Estoy con prisas y no quiero hacer daño si me lo evitan. ¡Ande, pronto! ¡Y si chillan le pego un tiro a la primera que abra la boca. ¡Venga!

Dude Lester palideció intensamente, dilatados los ojos. Fué evidente su sobresalto. Y en aquel mismo instante tuvo conciencia Market de que se hallaba ante el asesino de su hermano.

Con rápida eficacia golpeó de derecha a izquierda, sorprendiendo al que quería sorprenderle. Sus dos puñetazos certeros alcanzando de lleno en la carótide y en el estómago a Dude Lester, derribaron pesadamente al atlético *gangster*.

Pero todo estaba planeado. Si Lester fracasaba en su intento de cazar a Márquez, debía Gail intervenir, porque...

—“Si fallamos, Gail —háblale dicho Compton—, iremos a la cárcel los tres. Y por intento de rescate piden seis años; y los dan con gusto.”

Gail Vandorf se había deslizado, asiendo una cabilla forrada de fibra. Y apenas hubo golpeado Market, ella alzó desde atrás de él la cabilla.

Su golpe nervioso, repetido, alcanzando en la base de la nuca al agente del C. I. A., le privó del sentido.

En la otra lancha las sombras del anochecer que caía rápidamente, mostraron el cuerpo tendido de Ronald Kemper junto al que, tras atar a Dalila, ahora yacía desmayada Irasema de Cunha, golpeada brutalmente por Compton.

Evelyn Brenton, que había atado a Kemper, tendía sus manos obedientemente, atemorizada ante la frialdad de Compton, una

frialdad de asesino.

Unió Compton con lianas las muñecas y tobillos de las tres mujeres, una vez estuvieron bajo la toldilla.

Miró hacia la otra lancha, donde hacía la señal convenida Gail Vandorf. Inclínose para coger por las ataduras de las muñecas a Ronald Kemper, que arrastró hasta la toldilla, donde en el poste juntóle las manos con nueva liana alrededor del madero.

Saltó a tierra, yendo hacia la otra lancha.

Gail Vandorf gritaba:

—¡No, Lester; no!

Corrió ágilmente Compton, llegando a tiempo para coger la muñeca armada de Lester, cuya pistola encañonaba la sien de Márquez, atado en el suelos

—Quieto, Dude. ¿Qué pasa?

—¡Es un federal, un agente!

—Te dije que no había que disparar. Puede venir alguien atraído por el disparo.

—¡Me habló de Market!

—¿Y bien?

—Éste metióse en el avión para seguimos.

—Absurdo. Si hubiese sabido lo que le pasó a Patrik Market, y nos supiera sus asesinatos, nos hubieran arrestado en el aeródromo.

—¡Te digo que me dijo: “Recuerdos del agente federal Patrik Market”. Claro, yo me sorprendí, y el tío me arreó dos puñetazos... ¡Deja que le acribille!

—Por partes, Dude. Vete a la otra lancha a vigilar al viejo, mientras yo atiendo a éste.

Clifford Market, en el suelo, continuaba con los ojos cerrados. Había oído: “Si hubiese sabido lo que le pasó a Patrik Market, y nos supiera sus asesinatos...”

Oyó los pasos de Lester alejarse, tras unas vacilaciones. Entonces fingió recuperar el sentido tratando de dominar su íntimo furor. Sacudió la cabeza, gruñendo...

Tardó unos segundos en abrir los ojos, para murmurar :

—¿Qué pasó?

—Oiga usted..., quien sea. ¿Por qué golpeó a Lester?

—¿Quién me golpeó?

—Aclárese el seso. Usted pegó a Lester.

—Porque no había vía de agua. ¡Qué cochina trampa...! ¿Por qué estoy atado?

—Conteste a mis preguntas. ¿Qué le dijo a Lester?

—Que no me gustaba.

—¿Y qué más?

—Recuerdos del agente Patrik Market.

—¿A santo de qué?

—Patrik Market era un conocido mío. Sé que lo mató Lester.

—¿Cómo lo sabe?

—Me dijo Market que Lester era un tipo extraño, y que lo vigilaría. Tampoco le gustaba Lester. Y, cuando apareció en las cloacas, me dije que yo sabía quién era su eliminador.

—¿Por qué no lo dijo a la Policía?

—No somos amigos. Seguí los pasos de Lester y le vi meterse en la compañía Longway. Pensé que en Río él y yo podríamos entablar algún asunto.

—¿Chantaje?

—Algo parecido.

—usted es muy listo, Márquez... pero a otro perro con este hueso.

—Qué hueso?

—Espera ganarse mi confianza, y que le liberte, ¿no?

—Yo lo único que quiero es dinero. Y tenía también necesidad de largarme de Filadelfia.

—¿Por qué golpeó a Lester?

—Tengo el genio pronto, y este tipo no me gusta. Como sabía que me guardaba rencor, pensé que disponíase a darme una paliza, con el truco falso de la vía de agua, y me anticipé. Después, algo me cayó sobre la cabeza, y no recuerdo más.

—¡Gail! —llamó Compton.

Vino ella presurosa, mientras Compton comprobaba las lianas que rodeaban prietamente las manos a la espalda y a los tobillos de Market.

—Ojo con éste. Si pretende pasarse de listo, llámame. Luego seguiremos hablando, tipo listo.

Gail Vandorf sentóse a dos pasos de Market, encañonándole. Compton saltó a tierra. Poco después llegaba junto a Kemper.

—¡Están locos! —clamó éste, ya recuperado.

—Explícale, Casey. Esperé a que vinieses.

—Usted, Kemper, irá con Gail a Fonte Boa. Faltan ya solamente unas horas. Aquí regresará con un maletín con dos millones en bruto, de oro. Una operación que puede verificar en Río. Naturalmente, si usted vuelve con la Policía o intenta cualquier artimaña, lo pagará Dalila. El negocio es claro. Los dos millones en lingotes de oro que no pueden identificarse y son de fácil venta, o mataré a Dalila. No me insulte... A Dalila nada le ocurrirá, siempre

y cuando usted traiga los dos millones, regresando con Gail aquí mismo. Marque en el plano. Quítale los atadidos, Lester.

Obedeció Dude Lester. Prosiguió Compton:

—Aquí quedan los demás bien custodiados. Al menor síntoma de algo raro, mato a Dalila. Comprenda, Kemper... Necesito un millón para mí y otro para mi socio. No quiero muertes inútiles. Usted es un financiero. Compra la vida y la libertad por dos millones. Es barato, y no discuta. Irá con Gail en aquella lancha. Puede pensar que la Justicia debe castigarme. Sería exponer la vida de Dalila.

—¡Vendré con los dos millones, Compton! Quiero demasiado a mi hija para cometer imprudencias. Pero le juro que algún día la Justicia se hará cargo de usted. ¿Y qué pasa con Márquez?

—No me conviene libre. Es demasiado agudo. Y no está refrenado por instintos paternos.

En pie ya, Kemper miró hacia la toldilla. Palideció.

—Ningún daño a ellas, Compton... ¡o juro que...!

—No se alarme. Nada les pasará. Es un simple negocio. Después, cuando traiga los dos millones, bastará me acompañe hasta la frontera; y cada cual a su destino. Vamos a la otra lancha, Kemper.

Kemper sonrió hacia su hija.

—Valor, Dal. Es un negocio. Nada ocurrirá. Volveré pronto...

En la otra lancha, el millonario contemplo a Market, qué era sacado fuera por Lester. En la orilla, asiendo un remo, anunció Compton:

—Ahora le empujo. Y buen viaje, Kemper.

—¡Casey! —gritó Gail Vandorf—. Yo no voy, yo no voy... Déjame contigo, y Kemper va...

—No te muevas, y con él. Gail. Todo va bien.

Empujó con su remo. Y la lancha, cuya ancla levantaba Kemper, bamboleóse.

Tensó Kemper la lona. Y maniobrando en el timón remontó el río. Murmuraba:

—Zorra dañina.

Gail Vandorf no miraba al antiguo minero. Un recodo ocultóles.

En la playa, Casey Compton tocó con el pie a Market.

—Vamos a ver, tú... ¿Qué buscabas en el avión donde íbamos?

—Yo no sabía que tú eras socio de Lester. Sólo quería chantajear a Lester en Río.

—¡Deja que le dé, Compton!

—Estás nervioso. Dude. Hay tiempo para resolver todo. Vete a bordo a vigilar a las chicas.

—Vamos allá. No me gusta estar aquí en tierra. Las fieras...

—Cógele por los pies, Dude.

Inclinóse Lester, y al mismo tiempo la diestra de Compton alzóse pegando con fuerza un culatazo en la sien del inclinado.

Cayó de bruces Lester.

Casey Compton aplicó en la sien del caído, que distaba unos centímetros de Market, la boca del silenciador. Disparó cuatro veces. Cada estremecimiento agónico de Lester, provocó en Market un sobresalto de repulsión y furor.

—Bien. Se iba poniendo molesto —dijo Compton, apenas las columnillas de humo evaporáronse—. Contigo no sé qué hacer, Market.

—Puedo ayudarte.

—No necesito ayudantes. Oye... Carlos Márquez son dos iniciales parecidas a Clifford Market, ¿no?

—¿Y qué? Se llamaba Patrik, y no Clifford.

—Escucha, amigo. Es triste, pero, le cogí amistad a Patrik. Me habló de un hermano suyo llamado Clifford. Un talento. No dijo mucho más. Yo le apreciaba a Patrik, pero descubrió que fui yo el que atracó con Lester y otros siete al “North-Bank”. ¿Comprendes? Era él o yo. No cabía duda.

—Nada tengo que ver...

—Calla. Tú eres Clifford Market. Pero no comprendo por qué no nos hiciste detener allá en Filadelfia. Es un misterio.

—Nadie sabe allá nada, ni yo iba a deteneros.

—Basta ya de mentir. Estamos hablando de hombre a hombre, Market. No tengo por qué matarte. Me gustaría saber cómo...

—La selva susurra, Compton. Si nos quedamos aquí, alguna fiera puede destrozarnos.

—Te ayudaré a ponerte en pie. La selva susurra, como dices, pero ya me he acostumbrado.

Trabajosamente se sostuvo en pie Market, asido por el sobaco. Cogiéndole por la cintura le llevó a rastras Compton hasta arrojarlo como un fardo en la cubierta de la lancha.

Subió. Acercóse al toldo.

—Así me gusta. Quietas. No os pasará nada. Valéis caras, al menos tú, Dalila. Y en cuanto a vosotras dos, cuando llegue el momento, ya os haré cerrar la boca. ¡No chilles ahora, Evelyn, o te rompo el cráneo!

Dirigióse hacia Market.

—Tu hermano me llamó anormal, Clifford.

—La selva susurra, Compton. Pueden venir indios, reptiles... Estás solo. Yo podría ayudarte.

—A otro perro con ese hueso.

—No debiste matar a Lester. Te privaste de un buen centinela.

—Creo que voy a matarte, Market. No puedo estar vigilándote y, a la vez, echar un vistazo a la ribera y al río. Reza lo que sepas, Clifford Market.

Tres disparos rasgaron la noche, secos, restallantes... Y sobre, cubierta un hombre quedó inmóvil, muerto.

## EPÍLOGO

Ronald Kemper maniobraba ceñudo. Gail Vandorf susurró:

—Perdóneme, Kemper. Yo... quiero a Compton, y éste necesitaba dos millones.

—El más repugnante de los actos es negociar con un sentimiento paterno. Tú, Gail, estás ayudando a un asesino.

—Quiero a Compton, y no ha matado a nadie, ni matará.

—Necia... ¿No comprendes que cuando le dé los dos millones, él no cumplirá? Querrá silenciar testigos. Matará, matará... Y tú misma quizá caigas.

—No.

—Deja de hablar. Tenemos que llegar cuanto antes a Fonte Boa.

Ella volvióle la espalda. Y en aquel mismo instante, Ronald Kemper saltó adelante, rodeando con una mano la boca femenina y sujetándole una muñeca.

Retorció sin contemplaciones, y aunque con asco, pegó varios golpes, hasta que entre sus brazos quedó ella inmóvil.

La lancha, sin gobierno, fué a encallar en la ribera. Ronald Kemper, presuroso, iba atando a Gail Vandorf, amordazándola.

Registró en las ropas femeninas hasta hallar la pistola.

Saltó a tierra, después de asegurar el ancla. Y descalzándose, inquieto, pero firmemente decidido, echó a andar hacia el Sur.

Divisó la otra lancha, y en ella, a la claridad de la linterna, a Casey Compton inclinado, pistola en mano, frente al atado Clifford Market.

Apuntó cuidadosamente apoyando su muñeca en el antebrazo contrario, afianzando su zurda sobre el hombro.

Apretó tres veces el gatillo... Vió saltar a Compton, certeramente alcalizado.

Gritó:

—¡Lester, ríndete!

—¡Kemper! —replicó, a grandes voces, Market—. Lester ha muerto. Lo mató Compton. Venga, no hay peligro.

El millonario acudió corriendo, humeante aún la pistola. Saltó a bordo, precipitándose al interior de la toldilla para abrazar a su hija mientras la libertaba.

—Atiende a tus compañeras de cadena, Dal.

Salió para desatar a Market, diciendo:

—Una vez tú por mí; yo por ti ahora, muchacho.

—Temí que usted obedeciera, y que Compton le engañase.

—Soy padre, pero también hombre de negocios, muchacho.

Vamos a zarpar, y de una vez, rumbo a la civilización, ¡mil diablos y condenación de infiernos!

Las tres muchachas entre sí, se calmaban atendiendo a tranquilizarse. La vela, hinchada, marcó su blanco vuelo, y la lancha siguió arriba, llevando a popa, cubiertos con tela, los dos cadáveres de los pistoleros.

Transbordó Market para recoger a Gail Vandorf.

—Bien, Gail —dijo Kemper—. Lo siento, pero irás a veranear unos años a la cárcel. Tu amor nos podía costar la vida a muchos. Lo siento, Gail, pero has de sentar cabeza. Si necesitabas dinero, habérmelo pedido prestado. No te lo hubiera prestado, pero te habría conseguido un trabajo decente. Vigílala, Dal... Tenías razón. No es una buena chica. Vigílala.

Remontaba la lancha. Fué casi al amanecer cuando ya se divisaban las primeras casas de Fonte Boa, cuando Kemper susurró:

—Todas duermen ya reposadas. Dime, muchacho... ¿Te conformas con un buen cargo en las empresas Kemper? Te prometí medio millón, así como a Ira; y es promesa que cumpliré. Pero me gustaría tenerte conmigo. Mi hija no es tan antipática como parece creer.

—Es preciosa, y hará feliz a cualquier mortal, señor Kemper.

—Kemper a secas. ¿Es que tienes novia?

—Creo que sí.

—¿Cómo que crees?

—Evelyn Brenton es deliciosa, y tranquila. Es servicial, y sería un buen complemento de hogar.

—Lástima. Me hubiera gustado tenerte por yerno. Son veinte días juntos, y parecen veinte siglos. ¡Condenación! Es la primera, vez que la vista de un pueblo de mala calaña como aquél se me antoja el más espléndido de los panoramas.

Unos uniformados “fazendeiros” vinieron a ver atracar la lancha. Al acercarse, murmuró Market:

—Deberá usted guardar secreto todo esto, señor Kemper.

—¡Diantre! ¿Y por qué?

—Soy agente del C. I. A., y en nombre de los Estados Unidos se lo ruego. Usted, su hija y las dos señoritas, firmarán ahora mismo un juramento de silencio. Hablaremos de un accidente cualquiera en el motor.

—Ya me figuraba yo que tú eras “alguien”, muchacho. Bien.

Y, solemne, Kemper alzó la diestra.

—Juro por mi patria.

En tierra, Irasema de Cunha, ya instruida por Market, dijo que había permanecido entre ararás, muertos por una epidemia, y recogida por los supervivientes del avión.

Un cheque por medio millón era un hermoso premio para su silencio. Dalila Kemper, al subir al barco en compañía de su padre, estrechó la diestra de Market.

—Perdón por mis intemperancias, señor Márquez.

—Y yo por las mías, Dal. Buen viaje. Y hasta pronto, señor Kemper. Me ha sido usted gratamente simpático.

Gail Vandorf viajó en compañía de Market y Evelyn. Los cadáveres de Compton y Lester estaban en espera de que una cámara frigorífica les llevase en avión a Filadelfia. El mismo avión que recogería en Manaos a Market y su prisionera Gail Vandorf.

En cubierta del barco que les llevaba a Manaos, encerrada Gail Vandorf en el sollado prisión, dijo Market:

—Mi informe será claro. Podrás ayudarme, Evelyn. Y quisiera...

—¿Qué? —dijo ella, ansiosa.

—¡Oh, nada! Solamente decirte si te gustaría servir la mesa en que yo me sentase tres veces al día. Algo así como pedirte... Bueno, esto es difícil porque... Pero veinte días y noches así...

—¡Valen una vida, Carlos!

—Clifford.

Pero ya los labios estaban unidos con arrobó, y el pasado quedaba atrás, olvidado, porque sólo había el presente y un risueño porvenir.

**FIN**

COMENZÓ AQUELLA EXTRAÑA  
AVENTURA

la más apasionante que se conserva en los archivos del F. B. I., en un avión que partió de Miami transportando un ataúd.

## **Un loco en la sombra**

Es la relación novelesca de un caso auténtico que tuvo en jaque durante mucho tiempo a la policía norteamericana.

A. ROLCEST

El célebre autor especializado en los relatos de aventuras ha alcanzado en

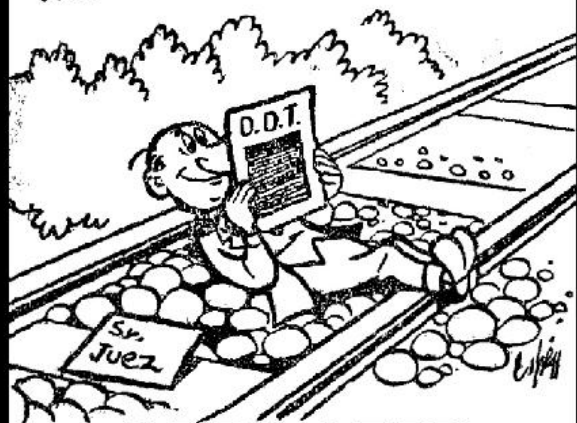
## **Un loco en la sombra**

un nivel insuperable de emoción.

No olvide usted este título que la próxima semana verá aparecer en la famosa

Colección **SERVICIO SECRETO**

**CUALQUIER  
MOMENTO ES BUENO...**



**...PARA LEER  
El DDT**

**LA PUBLICACION  
MAS DIVERTIDA DE  
TODOS LOS TIEMPOS**

**SOLO CUESTA 2 PTS.**

# Últimas novedades de EDITORIAL BRUGUERA



## COLECCION PIMPINELA

- Núm. 251 - E. Aguilar de Röcker.  
■ **NOVELA VIVIDA**  
Núm. 252 - Mercedes Muñiz.  
■ **MARIDO DE PAJA**  
Núm. 253 - Cristina Luján.  
○ **FIESTA EN PALACIO**  
APARICIÓN SEMANAL. Precio 5 Pts.



## COLECCION MADREPERLA

- Núm. 142 - Sergio Duval.  
■ **BRINDEMOS, DR. CALAHAN**  
Núm. 148 - Trini de Figueroa.  
■ **ENCADENADA**  
Núm. 149 - Amparo Lora.  
○ **TU ERES MI ÁNGEL**  
APARICIÓN SEMANAL. Precio 5 Pts.



## COLECCION SERVICIO SECRETO

- Núm. 55 - Kent Millar.  
■ **BAUTISMO DE FUEGO**  
Núm. 56 - Peter Dobry.  
■ **AVIONES SIN RUMBO**  
Núm. 57 - A. Rolcast.  
○ **UN LOCO EN LA SOMBRA**  
APARICIÓN SEMANAL. Precio 5 Pts.



## COLECCION ROSAURA

- Núm. 91 - Corín Tellado.  
■ **TÚ ERES EL CULPABLE**  
Núm. 92 - Lía Ramos.  
■ **BURLA PELIGROSA**  
Núm. 93 - Corín Tellado.  
○ **CORAZÓN INDÓMITO**  
APARICIÓN SEMANAL. Precio 5 Pts.



## COLECCION BISONTE

- Núm. 192 - J. de Cárdenas.  
■ **EL PASADO AMENAZA**  
Núm. 193 - Raf Segram.  
■ **EL INFALIBLE**  
Núm. 194 - Fidel Prado.  
○ **LA CAPITANA**  
APARICIÓN SEMANAL. Precio 4 Pts.



## COLECCION AUTORES FAMOSOS

- Núm. 15 - Zane Grey.  
■ **UNA MUJER INDOMABLE**  
Núm. 16 - Zane Grey.  
■ **FRENTE A SU DESTINO**  
Núm. 17 - William MacLeod Raine.  
○ **BUCKY O'CONNOR**  
APARICIÓN BIMENSUAL. Precio 16 Pts.

■ Últimos volúmenes aparecidos.

○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: 5 pts.